ARNICHES * G.ª ALVAREZ * PASO * ABATI

Genio y figura

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA, CON UNA OPINIÓN DE **Jacinto Benavente.**

TERCERA EDICION

Copyright, by Arniches, G.ª Alvarez, Paso y Abati, 1910

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

GENIO Y FIGURA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

GENIO Y FIGURA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ARNICHES, G.ª ALVAREZ, PASO y ABATI

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 16 de noviembre de 1910

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

ADVERTENCIA

Por acuerdo tácito de los autores, esta obra la firman sólo Enrique García Alvarez y Antonio Paso.

Lo que advertimos a los señores directores para que lo tengan en cuenta al hacer el cartel.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PAQUITA TORRES	Srta. Pérez de Vargas.
ADELFA	Sra. Alba (I.)
MATILDE	Srta. Carbone.
JULIA	Villa.
CRI-CRI	Gelabert.
JUSTA	Pazos.
CONCHA	Sánchez (D.)
LUZ	Calvo.
BEDOYA	Sr. Santiago.
CARRATALÁ	Bonafé.
DON PABLO	Zorrilla.
PEPE BEDOYA	González.
DON DIONISIO	Vilches.
RICO	Del Valle.
COMAS	Pacheco.
PINTADO	Caba.
LÓPEZ	Capilla.
UN NEGOCIANTE	Rivero.
CAMARERO	Ruiz Santiago.
CRIADO	Acevedo.
ORDENANZA	Insúa.
CABALLERO	Desy.
EL SEÑOR PEPE	Vilches.
IBORRA	Rivero.
EVELIO	Caba.
UN ACOMODADOR	Pacheco.
PEPITO	Ruiz Santiago.
MANOLO	Acevedo.

EPOCA ACTUAL

Las indicaciones, del lado del actor

Ni el triunfo de una obra de cierto género supone el triunfo de todas las obras del mismo género, ni mucho menos el fracaso de todas las obras de un género contrario. El Arte es furiosamente individualista, y en él sí que cada palo aguanta su vela. Hoy ríe el público con una obra cómica y mañana llorará con un drama. Lo de «El público lo que quiere es reir o lo que quiere es llorar, o quiere obras de tesis, o quiere obras ligeras, o que no quiere el verso, etc., etc.», son otras tantas vulgaridades. El público quiere obras de todas clases, cuando le divierten o le emocionan. Ni es una novedad que alternen obras serias con obras regocijadas en los carteles. El teatro de la Comedia fué siempre de los más eclécticos. Allí se estrenaron los más caricaturescos «vaudevilles» franceses y las obras de Dumas y Sardou, última palabra, en sus tiempos, del teatro «serio». Después hemos alternado en la mejor armonía autores de las más opuestas tendencias, y el público nunca tuvo preferencia por géneros ni por autores, sino por obras. Es de esperar que todo seguirá lo mismo. El público aplaude y ríe con *Genio y figura* porque la obra lo merece, y volverá a aplaudir y a reirse cuantas veces acierten los autores cómicos, como bostezará o se estará en casa cuando no acierten a interesarle los autores serios. Los fracasados son los que creen que cuando su obra ha fracasado ha fracasado todo un género... Nada de eso: en Arte no hay solidaridad que valga. Cada uno es cada uno. El público no sabe de nombres genéricos; sólo sabe de nombres propios.

No hay, pues, por qué gritar: «¡Al arma, al arma!», y dejen los bien intencionados de meter cizaña entre los autores; haga cada cual lo que sepa y pueda, sin preocuparse de lo que hace el vecino. El verdadero vecino de enfrente es el público. En la Comedia francesa, el teatro más serio del mundo, después de una grave tragedia de Corneille, se representa el *Monsieur de Pourcegnag,* de Molière, la más grotesca farsa que puede darse, con sus boticarios jeringa en ristre corriendo por el patio de las butacas, y nadie se alarma y todo está bien, y ni Corneille ni Molière ni la sociedad de la Comedia francesa desmerecen por ello.

Jacinto Benavente.

El Imparcial, 21 de noviembre de 1910.

ACTO PRIMERO

Decoración: Comedor sencillo y elegante. Al foro, y un poco a la izquierda, balcón mirador con stores y cortinas. A la derecha dos puertas practicables, y otras dos a la izquierda. Aparece la habitación a oscuras. Por las rendijas del mirador entra la claridad de una hermosa mañana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece la escena a oscuras y sola. Dan las ocho en el reloj del comedor. A poco entra por la segunda izquierda en mangas de camisa y con mandilón de limpieza MANUEL el criado, que viene silbando quedamente el aire de una canción popular. Andando un poco a tientas desde que aparece, abre el balcón, por el que entra un sol claro y radiante

¡Vaya un día hermoso! (Coge una jaula muy elegante con un canario; la descuelga de su pie y saca ambas cosas al mirador.) Qué, quieres tomar el sol, ¿eh? Bueno, hombre, bueno. (Se chasca los labios como alegrándole.) ¡Como se esponja el amigo! ¡Qué vidita! ¡Quién fuera canario! Cantar y engullir. (Deja el pájaro en su sitio y entra en el comedor.) ¡Las ocho! ¿Habrá venido el señor esta noche? Allá, cerca de las cuatro, me pareció que andaban traginando por aquí. (Va al aparador.) ¿No lo dije? Pellejos de salchichón, huesos de aceitunas... Una copa de vino a medio apurar y otra apuradísima. (Se bebe lo que queda del vino.) Esto prueba tres cosas; que el señor no ha venido solo, que

traía hambre, y que me ha ensuciado el comedor. Pondré la mesa para el desayuno de los señoritos. (Extiende un mantel y pone servicio de café para tres.) Y digo yo, que si el señor no ha venido solo, ¿con quién ha venido? ¡Sábelo Dios! Bueno, este don José, es de lo más gracioso y endiablado que me eché a la cara en lo que tengo vivido. Lléveme el demonio, si en ninguna de las casas donde estuve, vi cosa tal como la que aquí sucede. Que el calavera, el derrochón, el mujeriego y el trapisondista de la casa, es el señor anciano, y en cambio su hijo, el señorito joven, es de lo más cumplidor y más honrado que se puede encontrar. Eso sí, que el tal señor sera una bala perdida, pero tiene una simpatía y un ángel, que se lleva de calle a todo bicho viviente. Quizás que me haya dejado como es de su costumbre algún papelito escrito, diciéndome la hora pa que lo despierte. A ver... (Se sube en una silla y saca un papel de la caja del reloj.) ¿No lo dije? (Leyendo) «Mi valioso y discreto Manuel: La persona que encontrarás durmiendo en mi cama, no soy yo.» ¡Canario! «No te asustes. Se trata de una hermosa...» ¡Caramba! (Se detiene y sigue leyendo.) «De una hermosa obra de caridad que realicé anoche.» ¡Ah, vamos, no es una mujer. «La persona que encontrarás en mi cama es mi querido amigo el señor Carra... Carratalá, que huérfano a los cincuenta y cuatro años de todo apoyo, vagaba a la una de la madrugada por las calles de Madrid, sin hogar, sin lecho y sin nutricion. (Vuelve la hoja.) Como yo he tenido que velar a una de mis relaciones, le cedí mi cama. Despiértalo antes de qué se levanten los señoritos; ten cuidado de que no se lleve nada y dale un panecillo. No importa que no tenga dónde mojarlo. De paso me harás el obsequio de decirla a Pepa la cocinera, que no busque las veinticinco pesetas que había en la mesa de la cocina, debajo de una jícara, porque es inútil.» ¡Arrea! ¡Se ha llevado el dinero de la compra! «Que no vean a Carratalá, que no se enteren del pequeño desfalco, y tú cuenta con el afecto de tu señor.» ¡Bueno, este hombre no tiene agarradero! ¡Pues

no ha metido un amigo en la cama en lugar de venir él!... ¡Vamos! ¡Como el señorito se entere!... ¡Porra! ¡Los señoritos!

ESCENA II

DICHO, MATILDE y PEPE, primera izquierda, con un periódico en la mano

Mat. ¿Ves? ¿Ves lo que yo te decía, Pepe? ¿Lo estás viendo?

Pepe ¡Esto es un escándalo, Matilde, una vergüenza! ¡Lo acabo de leer y no le doy crédito! ¡Forzosamente esto no puede ser! ¡Esto es una broma cruel, de que hacen víctima a mi padre!

Mat. No, Pepe, no insistas; esto es una triste realidad. Ya sabes que te lo advertí. Las mujeres adivinamos estas cosas.

Pepe Bueno, pero... (Repara en el criado.) Perdona, Manuel...

Man. Señorito.

Pepe Haz el favor de ir a comprar todos los periodicos de la mañana, anda.

Man. Es que ahora iba a despertar al...

Pepe Primero, haz el favor de ir a comprar los periódicos de la mañana, que es lo que acabo de mandarte.

Man. Bueno, señorito. (Aparte.) ¡Dios mío, que no se le ocurra ir a despertar a su padre y se encuentre con el señor Carratalá! (Sale segunda izquierda.)

Pepe (Sentándose a la mesa y leyendo.) Nada, y lo dice bien claro, y en lugar preferente. «Ecos de Sociedad.» Y en una prosa tan irónica, como molesta, «En breve contraerá matrimonio la gentilísima y conocida artista de Varietés Paquita Torres, que tan popular ha hecho el célebre *couplet* del monoplano, con el probo y aventajado exgobernador don José Bedoya y Pérez de la Linde, tan conocido en los círculos alegres de esta corte. Los novios, celebrada la boda, piensan colgar su nido en algún punto de la Cornisa... que aún no tienen designado. Quizá prefieran *Veintimiglie.*» Insisto en que esto es una broma despiadada y soez, Matilde. Papá será lo

que sea, pero no le considero capaz de descender a estos hechos ridículos.

Mat. (Se sienta a su lado.) Pepe, no tomes a indelicadeza lo que solo es interés mío hacia tí; yo no quisiera herir tus naturales sentimientos de buen hijo, censurando ninguna acción de tu padre, a quien respeto y quiero como al mío, pero desgraciadamente... tu padre es un poco... así vamos... ligero... banal... cé...

Pepe Sí, hija, sí; no te mortifiques buscando adjetivos que den a la verdad un apariencia menos cruel. Mi padre es un tarambana. Dilo claro. Y yo se lo perdono todo: lo de que me obligue a pagar esas deudas vergonzosas que contrae hasta con la gente que nos sirve; yo le perdono las mil pesetas que le pidió a Rodríguez el mes anterior.

Mat. Rodríguez es el que no se las ha perdonado.

Pepe Yo le perdono que viva entre gente alegre... que alguna de sus alegrías sea un poco excesiva... que falte por las noches. En fin, yo se lo perdono todo; y se lo perdono, porque... es mi padre, y porque ni él se enmienda con razones, ni yo tengo medios coertivos que puedan reducirle y sujetarle a sus años; pero esto, esto de tener relaciones con una mujer de esa ralea, y hablar hasta de matrimonio... Esto es cosa que pasa ya los límites de lo tolerable, y que perjudica, no solo su dignidad, sino mi propio decoro. ¡No, esto no puede ser! ¡Es imposible! (Se levanta y pasea agitado.)

Mat. Ahora comprenderás, Pepe, cuanto te he dicho.

Pepe Sí, hija, sí; tenías razón.

Mat. Por eso te decía yo que lo enviáseis a América, que le buscáseis una colocación, que le proporcionáramos entre todos algo, que espantara los pájaros de esa cabeza loca. Porque a mí, Pepe, he de confesártelo; me dolía en el alma verte a tí, un muchacho joven, honrado, esclavo del trabajo y del deber, luchando día y noche en tu bufete para dar a tu nombre crédito y prestigio, y que tu padre se empeñe en salpicar de ridículo con sus locuras estos esfuerzos generosos. ¿Cómo quieres que lo vea tranquila?

Pepe Te lo agradezco con toda mi alma, y estoy dispuesto. Matilde, créelo, a poner término de una vez a esta vida intranquila y equívoca.

Mat. Además, si tu padre que es capaz, comete esa locura y se casa, ¿cómo podemos nosotros tolerar que esa mujerzuela...?

Pepe No, no, por Dios, calla; no quiero ni pensarlo, ni oirlo. Es preciso que ahora, ahora mismo hable yo a papá seria y definitivamente.

Mat. Me parece muy bien. Pero, por Dios, Pepe. Nada de benevolencias ni debilidades, porque luego te hace dos cucamonas, te ríes y...

Pepe No me ofendas, suponiéndome débil en este caso; te lo ruego. Seré inexorable. Vas a verlo.

Mat. Y no le hagas caso tampoco, aunque se eche a llorar como algunas veces...

Pepe Descuida. (Llama al timbre.)

ESCENA III

DICHOS y JULIA, doncella, por la primera izquierda

Julia (Apareciendo.) ¿Llamaban los señoritos?

Pepe Haz el favor de ir al cuarto de papá, dar dos golpes en la puerta y decirle que salga; que le esperamos inmediatamente.

Julia Muy bien. (Atraviesa el comedor desde la puerta de la izquierda, a la segunda derecha.)

Mat. Y sírvanos luego el desayuno, Julia.

Julia En seguida, señorita.

Pepe Yo creo que lo primero que debemos exigirle es que rompa inmediatamente sus relaciones con esa señora.

Mat. Yo me inclino a lo que te aconsejaba mi padre: a que le envíes a América. Un viaje de pocos meses. Ésas imaginaciones exaltadas, en cuanto cambian de medio y tratan gentes nuevas, olvidan pronto; y quizá así, deseche la idea de esa mujer.

Pepe Sí, bien, claro... pero.. Separarme de él... se me hace .. y no sé ..

Julia (Saliendo.) Ya llamé al señor.

Mat. ¿Estaba acostado?

Julia No sé; le oí toser. Debe estar algo acatarrado, porque me pareció que hablaba con voz.

un poco ronca.., (Vase por la izquierda y sale y sirve el café.)

Pepe No, yo a eso no lo expongo... no quiero que un accidente cualquiera... y luego el remordimiento...

Mat Pero, hombre, si esos viajes se hacen ahora con una rapidez y una comodidad...

Pepe Bueno; sin embargo, tiene cincuenta y seis años, y .. sobre todo, que yo espero convencerle, hablarle al alma, decirle que quizá arrojando sobre mí, si no se enmienda, todo el ridículo de su vida de viejo verde, esterilice mis esfuerzos por alcanzar una posición seria y brillante. Y quizá al oirme, como al fin me quiere...

Mat. ¡Calla, que ya viene! Por Dios, Pepe; energía

Pepe No vas a conocerme. Lo confundo. Porque todo lo que ha hecho papá, es porque nosotros hemos sido buenos.

ESCENA IV

DICHOS y CARRATALÁ con un salto de cama debajo del brazo

Car. (Se asoma y saluda.) ¡Muy buenos!

Pepe Pero, ¿qué es esto?

Mat. ¿Quién es este hombre?

Car. Me explico la perplejidad que produce a ustedes mi inopinada presencia.

Pepe Pero, ¿quién es usted, caballero?

Car. Un indígno, si que humilde servidor de la noble dama y el distinguido joven a quienes saludo con toda reverencia, y en cuya elegante morada he tenido la satisfacción de pernoctar.

Mat. Pero este señor...

Pepe Pero, ¿cómo sale usted del cuarto de mi padre?

Car. ¿Que cómo salgo? Pues es una *deshabillé* un si es no es, más bien es... es... estropeada. (Hace una reverencia.) ¡Con toda reverencia!

Mat. Bueno, ¿pero usted cómo se encuentra aquí?

Car. ¡Ah ¿Que cómo me encuentro aquí, amable dama? ¡Como un verdadero patriarca! Como el pez en el agua, como el ave en el espacio... Considere, señora, que vengo del muelle,.. del muelle lecho de un sibarita, donde

se entornaron mis ojos por vez primera sobre la blanca almohada de leve pluma, entre la holánda fina de pura...

Mat. Bueno, pero este hombre... ¡Por Dios!

Pepe Pase usted, haga el favor.

Car. ¿Cómo favor? Deber sacratísimo es la obediencia, en quíen recibe tan noble y suntuosa hospitalidad. No sólo paso aquí, sino que paso a la cocina si me lo mandan ustedes.

Pepe Perfectamente. Ante todo, ¿tiene usted la bondad de decirme, qué lleva usted en la mano?

Car. Pues un salto de cama que me encontré a la cabecera de mi lecho, y me dije, yo voy a darle el salto a la doncella... por si lo necesitan; porque yo, la verdad, no estoy para saltos, caballero. (Lo deja en una silla.)

Pepe Muy bien. ¿Y ahora tiene usted la bondad de decirme sin retóricas de ninguna especie, quién es usted? ¿Como está usted en el cuarto de mi padre, y por qué ha salido?

Car. ¿Que quién soy yo? ¿Que cómo estoy en el cuarto de su amantísimo papá, y por qué he tenido el honor de salir? ¿No son estos los puntos esenciales, que su lógica curiosidad anhela penetrar?

Pepe Efectivamente.

Mat. Que difuso es este hombre.

Car. Pues bien, para esclarecer uno tras otro los tres corolarios, digámoslo así, que han de constituir el cuerpo de mi argumentación, necesito ante todo...

Pepe Basta, basta por Dios. En seco, ¿quién es usted?

Car. Próspero Carratalá.

Pepe Muy señor mío.

Car. Con toda reverencia.

Pepe ¿Por qué estaba usted en el cuarto de mi padre?

Car. Porque me encontraba anoche sin saber dónde guarecerme a causa de mi expulsión, por una fruslería, de la casa de huéspedes donde me albergo, y mi gran amigo Pepito Bedoya, en uno de esos rasgos que le honran, me cedió su cama y él se fué a otra casa, donde un amigo enfermo, etc... bueno, lo de siempre. Y a la tercera pregunta, diré

que salía para pedir a ustedes disculpa, para pedir a ustedes perdón, y para pedir a ustedes una humilde taza de chocolate, sin canela si puede ser, porque me irrita. Con toda reverencia.

Pepe Y con toda frescura.

Car. *Es ley necesidad que a tanto obliga...* que dijo el poeta. Sí, señor.

Mat. Bueno, usted es un desgraciado, ¿no es esto?

Car. La señora ha puesto el dedo en la *equimosis* digámoslo así.

Pepe ¿Y usted sabe a lo que se exponía durmiendo en una casa donde no se le conoce?

Car. Sí, señor; aquí no se me conoce, y se me da un puntapié; pero en la calle me da una pulmonía, y no se me conoce... porque fallezco a los dos días. ¡Póngase usted en mi caso!

Mat. ¡Pobre hombre!

Car. Es decir, no se pongan ustedes en mi caso, ni permitan jamás los hados propicios que la mala estrella alumbre el destino de tan simpáticos jóvenes, cuyo santo amor conozco por su papá. Quiera Dios que sobre tan bellas cabezas derrame la felicidad sus dones frecuentes; y que como broche de esta unión, un ángel del cielo llene pronto de risas los claros rincones de este piso segundo izquierda. Y nada más. Disculpen y perdonen a un desgraciado que en una hora amarga, nubló con la miseria de sus andrajos, el claro sol de esta ventura esplendente. Adiós.

Mat. No, por Dios; usted no se va de nuestro lado, sin desayunar por lo menos.

Car. Señora, no; eso nunca...

Pepe Qué quiere usted...

Car. Café con leche.

Pepe Digo, que qué quiere usted, las mujeres son así... compasivas de suyo. Conque a obedecer, amigo. Siéntese, y acompáñenos.

Car. Con mucho gusto. Y si por mí fuera, les acompañaría a ustedes, hasta la...

Pepe Hasta la cena.

Car. Hasta ultratumba.

Pepe Muy triste es eso. Sirve al señor, Julia.

Car. Café con leche, Julita; haz el obsequio.

Mat. ¿Y usted hace mucho tiempo que conoce a papá?

Car. Casi desde la infancia. Estudiamos juntos...

Pepe ¿Qué estudiaron juntos?

Car. Estudiamos juntos la manera de no ir a clase. ¡Diabluras de la niñez! ¡Oh, cómo se pagan luego estas pueriles travesuras! Sí, señor.

Pepe ¿Y usted tiene ascendiente sobre mi padre?

Car. ¡Oh, muchísimo! Soy su hermano, su confidente, su consejero, no tanto... (La doncella que le servía café deja de ponérselo.) no te metas en la conversación, que no es a ti. (La coge la mano y la obliga a seguir sirviendo.) No tanto por nuestra antigua amistad como por lo que Pepito,—que así le llamo,—fía en mi experiencia del mundo.

Pepe Entonces usted conocerá ese desdichado proyecto de boda con esa señorita coupletista...

Car. Ah, señor mío, lo conozco, y lo he anatematizado enérgicamente. ¡Eso es una insensatez!

Pepe ¿Habla usted con sinceridad?

Car. ¡Con toda el alma! Porque con esta boda no serían felices ni uno ni otro. Otro panecillo, Julita.

Mat. Entonces, si usted piensa así, usted puede ser nuestro auxiliar, nuestro amigo.

Car. No habrá para mí honra mayor. La manteca.

Pepe Es preciso que si usted es un hombre honrado nos ayude a apartar a mi padre de esa locura, que sería su descrédito y nuestra aflicción.

Car. Ni una palabra más, señores. Cuentan ustedes con un aliado de perruna fidelidad.

Mat. Se lo agradeceremos a usted con toda el alma.

Car. Yo les tendré al tanto de cuanto se trame en este asunto, y les prometo el triunfo.

Pepe Nos hará usted un servicio inapreciable, señor Carratalá.

Car. Esclavo de ustedes y nada más.

Mat. Bueno, y como habrá de venir usted a vernos de vez en cuando... ese traje... vamos, que... o quizá como se acaba usted de levantar, sea ese el traje de mañana.

Car. ¿El traje de mañana? Señora. Este es el traje de mañana y de pasado mañana y de todos los días. Está de non.

Mat. Pues vaya usted al cuarto donde ha dormido que yo le enviaré un traje de papá.

Pepe Y unas botas mías.

Car. ¡Señores, por favor! Cuánta bondad (Levantándose y estando a punto de tirar el café.) Que Dios derrame... ¡caray, el café! mil perdones ¡Que Dios derrame sobre esas manos bienhechoras todos los dones de la...!

Pepe Nada, nada, vaya usted. Lealtad y adhesión. No pedimos más.

Car. Cuenten ustedes con un Terranova.

Mat. Hasta ahora.

Car. Y perdonen ustedes que continúe, porque no me gusta dejar nada empezado. (Se lleva la taza del café y el pan.) Con toda reverencia. (Vase segunda derecha.)

ESCENA V

DICHOS, menos CARRATALÁ. Luego DON PABLO por la segunda izquierda

Mat. Este pobre diablo puede sernos de una gran utilidad.

Pepe Creo lo mismo: por lo menos nos serán conocidos todos los trámites del asunto y podremos ir parando los golpes.

Mat. A mí lo que me admira es que casi todos estos grandes tarambanas, sean personas tan atractivas.

Pepe ¡Toma! Pues por eso son tarambanas, porque con su simpatía logran la benevolencia de las mismas personas a quienes fastidian.

Pablo (Apareciendo con un periódico en la mano.) No he pegado un ojo en toda la noche.

Mat. Papá.

Pablo ¡Hija mía! (Mostrando un periódico.) ¿Habéis leído esto? No he pegado un ojo en toda la noche. (Habla en tono campanudo siempre que repite la frase.)

Pepe Sí, señor; lo hemos leído en los periódicos de la mañana. ¡Espantoso, espantoso!

Pablo ¿Cómo espantoso? ¡Horrible, intolerable! Tu padre, querido Pepe, tiene una audacia que se superpone a cuanto he conocido. ¡A cuanto he conocido!

Pepe He dicho a usted muchas veces que este es el dolor de mi vida. La única nube de este cielo que el amor y el trabajo me proporcionan. ¡Calcule usted cuánto será mi sentimiento!

Pablo ¿Pero le llamas nube a ese hombre cuyo carácter es una verdadera borrasca? Superpón, querido Pepe, superpón a tu sentimiento filial el alto deber de no enlodar tu prestigio ni tu nombre.

Mat. ¿Y tú qué opinas en vista de estas circunstancias, papaíto?

Pablo ¿Cómo que qué opino? Tomar sobre la marcha una medida enérgica, radical... radical... y... y una vez tomada, proceder sin miramientos ni contemplaciones, ni tolerancias que se superpongan a lo que a todos nos conviene.

Pepe Bueno, eso está bien, papá; eso es lo que todos pensamos. Pero eso es muy abstracto. ¿Qué medidas son esas? ¿Qué hacemos concretamente?

Pablo Anoche tuvo la avilantez de presentarse en mi casa...

Mat. ¿En tu casa, para qué?

Pablo ¿Para qué dirás? ¿Para qué dirás?

Mat. ¡Qué sé yo!

Pablo Para pedirme quinientas pesetas. ¡Quinientas pesetas!

Pepe ¡Pero este padre!

Mat. ¿Y tú se las diste?

Pablo ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a hacer? Si le conozco y sé que no me las paga. ¡Negárselas! ¡Yo quinientas pesetas! ¡Como no las pinte!... ¡Como no las pinte!

Mat. Bueno; ¿pero para evitar este escándalo de su boda, tú tienes algún plan?

Pablo Plan... plan... Plan y algo más que plan; una resolución definitiva.

Pepe ¿Qué opina usted?

Pablo Si tu padre se casa con esa muchachuela, a la casa de mi hija, a esta casa no puede volver.

Pepe Ese es mi criterio.

Pablo En mi casa no puede entrar. Hemos de negarle el saludo. Esto es doloroso, dolorosísimo... Pero unas cosas se superponen a otras... ¿Qué remedio a tanto mal? Uno...

uno... Hacerle desistir de esa descabellada unión.

Pepe ¿Pero cómo?

Pablo Hay dos... dos medios supremos, definitivos, rotundos. Uno apelar al auxilio de la religión...

Mat. Es verdad, quizás eso.. Nunca se nos había ocurrido.

Pablo Recurramos al padre Dionisio, hombre de una elocuencia arrebatadora y ardiente. Yo desconfío de todo... de todo.. menos del poder de la gracia divina. Y si con esto no se consigue nada tengo otro recurso.

Mat. ¿Cuál?

Pepe ¿A ver?

Pablo Es para mí un tanto odioso, un tanto repugnante; pero ante vuestra felicidad, y ante la redención de ese hombre extraviado, yo estoy resuelto a superponerme a todo, y llevarlo a cabo

Mat. ¿Y de qué se trata?

Pepe ¿Qué es?

Pablo Ir yo... ¡Yo! Me aterra la idea, pero en fin.... ir yo personalmente a hablarle a esa tal Paquita Torres, y hacerla desistir de su proyectada unión con tu padre a todo trance.. Pero a todo trance. Con razones... con dinero... y si no basta.. y si no basta, con la amenaza de una intervención de la autoridad. ¿Qué tal?

Pepe Muy bien. ¿Y usted qué cree más eficaz?

Pablo Opino que deben utilizarse ambas cosas.

Mat. Creo lo mismo que papá. ¿Quién sabe? Quizá te ha inspirado Dios. ¿No te parece, Pepe?

Pepe No sé. Yo en las enmiendas de mi padre, dudo siempre. ¡Es la triste experiencia!

Pablo Sin embargo, tal vez te equivoques, don Dionisio es un apóstol. Voy por él inmediatamente. Las cosas... las cosas sobre la marcha.

Mat. Sí, vete, vete, papá. Tráele en seguida.

Pepe Y excuso decir a usted cuánto le agradezco...

Pablo Es mi deber. Y el deber se superpone a cuanto... a cuanto existe. Voy por el padre Dionisio.

Mat. ¡Chist! Aguárdate. Sí... tu padre.

Pepe ¿Mi padre?

Mat. Salgamos por el gabinete.

Pablo ¡Y puede que venga borracho! ¡Qué suerte... qué suerte tiene uno en ser como es! (Vanse primera izquierda.)

ESCENA VI

PEPITO BEDOYA, elegante, con un gabán obscuro y sombrero cordobés. Representa cincuenta y seis o cincuenta y ocho años. Bien conservado, con ayuda de tintes y afeites, entra segunda izquierda

(Entrando por el foro.) Silencio por todas partes. No se han levantado aún. No me han echado de menos, de seguro. Carratalá debe estar en la calle; la cocinera debe haber repuesto de su peculio los cinco duros de la compra, a mí me creen en el mejor de los sueños, y aquí no ha pasado nada. Vengo del merendero del Petaca. Empezamos anteayer a las cuatro de la tarde un *Five o cloc thea* que acaba de terminar entre una serie de bofetadas, que era para numerarlas. Y han sido las cuatro últimas copas. Y es que hay que convencerse, las juergas, más allá de las seis de la mañana del segundo día, no son decentes, ni tienen objetivo; y además, toman un carácter salvaje. (Se quita el sombrero.) ¡Caray, qué es esto! (Mirando el sombrero con extrañeza.) ¿Un sombrero cordobés? ¿Cómo he cogido yo este sombrero ancho que me está estrecho? (Probándoselo.) Claro, se conoce que fué en la huída. Es el del *Farolito* que se habrá llevado mi sombrero de copa Y de todo han tenido la culpa las bromas de Paquito Ronda. Estaba yo tan tranquilo hablando con su novia, que es una rubia de esas de catálogo, y preguntándole que cuánto le había costado el *pendentif* que llevaba en semejante sitio, y él, creyendo que yo tocaba aquel objeto con otro objeto, me estampó en la cabeza un sifón Herranz. Y a partir de aquí la toma de Tetuán es una gira campestre comparada con el escándalo que se produjo. Ibamos a comernos una cazuela de arroz con pájaros cuando se armó. ¡Pero cualquiera metía la cuchara! Bofetadas, puntapiés, estacazos.. las bote-

llar por el aire, las sillas por el aire, los pájaros por el aire. Nada, que si no entran los guardias, a estas horas una tragedia. ¡En fin, Pepito, a casarse! A ver si la pobre Paquita hace que yo siente la cabeza, o por lo menos, que la recline. Ahora voy a...

ESCENA VII

BEDCYA y CARRATALÁ por la segunda izquierda

Car. (Saliendo.) ¡Chist, Pepito!

Bed. ¿Pero tú aquí todavía?

Car. Chist... Absoluta imposibilidad de evadirme.

Bed. Pero anda, hombre, que te van a ver.

Car. No te sobresaltes. Soy de la casa. Ya me han visto.

Bed. ¿Pero qué dices?

Car. Nada, chico, no pude sustraerme. Vino la doncella, me dió delicadamente dos golpecitos en el testero, me dijo que me esperaba el chocolate, y como yo me he propuesto que el chocolate no me espere ni un minuto, salí a escape, vine al comedor, y...

Bed. ¡Me has perdido por una jícara!

Car. ¡Quiá, hombre! No lo creas. He despertado a tu nuera...

Bed. (Con asombro.) ¿Qué?

Car. He despertado a tu nuera una simpatía loca, y tu hijo no sabe qué hacerse conmigo.

Bed. Eso lo creo. ¿Pero qué le has dicho?

Car. La verdad. He enaltecido tu acción generosa. Te he puesto en el lugar que te correspondía. que por cierto me ha dicho tu nuera que el lugar que te correspondía a las siete de la mañana era la cama, y me he quedado encantado de su trato. Tus hijos son dos ángeles, Pepito.

Bed. Demasiado serios.

Car. ¿Y tú de dónde vienes, perdulario?... ¿Te parece bonito volver a casa a estas horas? No debíamos abrirte.

Bed. Chico, ha sido una juerga horrorosa, ya te contaré... Pero, ¡ah!... antes que se me olvide. Me pasan dos cosas horribles. Como tengo esta cabeza, ya no me acordaba.

Car. ¿Qué te pasa?

Bed. Que estoy amenazado de muerte.

Car. ¡¡Atiza!!

Bed. Lo que oyes. Pero gravemente, gravísimamente.

Car. ¿Y por quién?

Bed. Por Adelfa.

Car. ¿Aquella pobre pensionista rubia, alta, que me dió unas botas de su tío?

Bed. Sí, aquella. Fué una necedad, una aventura de cuatro días; pero me salió romántica, se fué interesando, yo tuve la debilidad de irle dando confianza, la pedí quinientas pesetas... y como uno tiene esos sentimientos caballerosos y no se las pagué, aquello me ató. Ahora resulta que se ha enterado de que mi boda con Paquita es cosa resuelta, y ha jurado matarme donde me vea y va a venir aquí, a casa de mis hijos, a darme un escándalo horrible, ¡calcula! Llegará y «¡miserable! ¡pérfido! ¿Qué has hecho de mi honor?... etcétera, etcétera...» ¡Figúrate!

Car. Pues sí que es un numerito para un *music-hall.*

Bed. ¡Y he ido buscando las quinientas pesetas para pagárselas, y nada, chico! Porque satisfecha la deuda, yo afronto el escándalo con toda dignidad.

Car. ¡Naturalmente! ¿Y el otro apuro que decías?

Bed. Pues el otro, es el bestia ese de Martínez, que como conoce mi amistad con el duque de Franco y sabe que tiene un museo de armas históricas, me dió esta pistola que es con la que cogieron prisionero al cabecilla filipino Rizal, para que se la vendiese al Duque por mil pesetas, dado su valor histórico; el Duque no da más que cuatrocientas; y yo, claro, no se la he vendido ni he tenido tiempo de devolvérsela a Martínez, y el muy grosero me da a entender en una carta si me habré quedado con los cuartos.

Car. ¡Qué imbécil! ¿Pero con quién se creerán que están tratando?

Bed. De modo que dos favores, querido Carratalá.

Car. Tú dirás.

Bed. Que te vayas a buscar a Adelfa y no me la consientas que ponga un pie en esta casa, y

que le lleves a Martínez la pistola y una carta que te escribiré ahora mismo.

Car. Siempre a tus órdenes, queridísimo Pepito.

Bed. Pues espérate, que .. Pero calla, que. .

Car. ¡Voces en el recibimiento!...

Bed. ¡Ay, Santa Rita de Casia de mi vida! ¡No me abandones, que es esa loca!...

Car. ¿Adelfa?

Bed. ¡Adelfa!... ¡Conozco su voz!

ESCENA VIII

DICHOS y ADELFA, palida y trágica, por la segunda izquierda

Adelfa (Viniendo por el pasillo.) Sí, sí, sí. No, no, no... Sí, sí, sí... No, no, no.

Man. (Apareciendo.) Una señora que no he podido contener ..

Bed. (Pone delante a Carratalá) ¡Párame el golpe!

Car. ¿Quién es?

Adelfa (Entrando,) Servidor... Aparta. (Empuja al Criado que se va. Adelanta trágica e imponente.) ¿Es cierta esta felonía?

Car. Adelfita, ¡cal... cálmese usted!

Bed. Adelfa... ¡no me des un escándalo, que me pierdes!... ¡No me des un escándalo, que me matas!

Adelfa ¿Es cierta esta felonía? ¿Di, villano?

Car. Adelfita... un momento.. Hay en la psicología profunda y abstracta de las cosas enseñanzas tales... tales...

Adelfa Lea usted esas líneas.

Car. ¿Cuáles?

Adelfa Esas...

Car «Ecos de sociedad...» «Muy en breve se efectuará la boda de...»

Adelfa ¿Es cierta esa felonía, di, alma rastrera, villano inmundo, miserable canalla, que has llenado de lodo la santa memoria de las nobles canas de un bravo comandante?

Bed. ¡Adelfa, repórtate! Eso es mentira... yo te lo explicaré todo... pero ahora vete. Si me tienes un resto de aquel amor que decías que era para ti como arroyo limpio de clara linfa .. Vete.

Car. Y esto no es echarla a usted al arroyo. Pero,

en fin, váyase usted en bien de todos, Adelfita.

Adelfa Ah, no. no me recuerdes aquellas horas de liviana ilusión... Sí... sí... no .. no... todo .. todo... humo, ceniza, pavesa, brizna... nada, nada... (Transición brusca.) ¡Ah! ¡Tú te casas, te casas, pero mueres, mira, mira el vitriolo!... ¡Miserable!... ¡O mío, o deforme!... ¡Canalla!

Bed. ¡Santo Dios! (Huye primera derecha.) ¡Echala!

Car. (Cierra.) ¡Adelfa! ¡Adelfita Repórtese usted si no quiere hacer de esta risueña morada una negra mansión de dolor...

Adelfa ¡He sido vilmente engañada!... Mis pocos años... mi dulce inocencia... Todo .. todo explotado por ese gavilán que hundió sus garras en mi tierno pecho ¡Ya me lo decía papá! ¡No te fíes, que es un amor liviano! Pero yo oía sus palabras de miel como un arrullo enloquecedor, y nunca en mi ciega idolatría pude suponer que ese hombre llegase a hollar mi reputación, pero hoy, triste es decirlo, caballero, hoy la holla, la holla... sí, la holla. (Sollozа.)

Car. ¡Bueno, con pucheros no va usted a adelantar nada! Serenidad, calma y deme usted el vitriolo, Adelfa.

Adelfa ¡Nunca!... ¿Yo?... ¿Yo verlo en brazos de mi rival?... ¡Jamás!... ¡Las tres pesetas de vitriolo abrasarán esa cara que tanto acaricié!

Car. Señora, usted no puede hacer eso. ¡Una señorita como usted está sobre todas esas miserias! ¡Sí! Piense usted a qué bajo nivel va usted a descender...

Adelfa ¡Pero engañarme con otra! ¿Cree usted que es más hermosa que yo?

Car. ¡Señora, por Dios! ¡Nunca!

Adelfa ¡Sí, yo necesito una reparación' ¡Una reparación!

Car. Una reparación y un revoco y todo lo que usted quiera. ¡Es de justicia! ¡Pero ahora vamos, vamos a la calle!

Adelfa ¡No, jamás! ¡A la calle, jamás! ¡Que salga!

Car. ¡Señora, es preciso que nos vayamos; hay que evitar que se entere la familia de Pepito!

Adelfa ¡Que me vaya, jamás! Porque a todo esto, diga usted: ¿quién, quién me pagará a mí...

las quinientas pesetas que me sacó el infame con engaños y mentiras?... ¡Quinientas pesetas! ¡Me ha perdido! ¡Me ha perdido!

Car. Adelfa, consuélese usted; todo en el mundo está compensado: él la ha perdido a usted el cariño, pero usted ha perdido las quinientas pesetas. ¡Es la ley de las compensaciones!... ¡Reflexiónelo usted!

Adelfa Ah, parece que fué ayer cuando le conocí... Un día de San Isidro, no se me olvidará; bajé a la pradera con unas amigas. Nos fijamos al pasar el uno en el otro; primero miradas, luego miradas y sonrisas, después se acercó, y con una galantería primero, un ofrecimiento después.. y siempre amable, fué ganando mi corazón. y al fin nos acompañó gastándose catorce pesetas que le importaron las rosquillas y los torraos; y yo al ver su generosidad me gasté seis reales que me importaron tres pitos, uno para él y dos para mis amigas. ¡Qué tarde! ¡Qué tarde! ¡Pepe mío! ¡Qué tarde!

Car. Sí, señora, sí... Es tarde... tardísimo... De manera que vamos a la calle antes que...

Adelfa ¡No se moleste usted, caballero; he dicho que no! ¡Yo no salgo de esta casa hasta que ese miserable me dé las quinientas pesetas!

Car. ¡Pero, señora, por Dios!..,

Adelfa ¡De mí no se burla! ¡He sido muy vilipendiada!

Car. ¡Chist! ¡Señora, por Dios, más bajo! ¡Bueno, pues pase usted aquí, a su habitación! Voy a llamarle y resolveremos el asunto.

Adelfa (Llorando a gritos.) ¡Sí!... ¡He sido despreciada! ¡Dejarme por otra!... ¡Eso ha sido darme calabazas!... ¡Ah! ¡Yo me ahogo!...

Car. Pero, señora, por Dios, ¿cómo se va usted a ahogar con calabazas?... Vamos. pase, pase aquí y aguarde un momento.

Adelfa ¡Primero las quinientas pesetas y luego le arrojo el vitriolo!... ¡Sí!... No puedo vivir sin él. ¡O mío, o deforme! (Entra segunda derecha. Se oye llorar amargamente dentro de la habitación.)

Car. ¡Chist!.. Bueno, esto no es señora; esto es una gaita! .. ¡Silencio, por Dios, señora!

Adelfa (Dentro) ¡Ay, qué tortura la mía!...

Car. Señora... señora... ¡Por Dios! ¿Qué haría yo?

¡Señora, señora... entreténgase usted con el *Blanco y Negro*... (Se lo da metiendo el brazo por la puerta entreabierta.) ¡Bueno, esto es horrible! Esta señora...

ESCENA IX

CARRATALA, BEDOYA por la primera derecha; luego PEPE por la primera izquierda

Bed. (Aparece primera izquierda) ¿Qué tal? ¿Se ha ido?

Car. ¡Qué se va a ir! ¡Ay, Pepito, esto es horrible!

Bed. ¿Pues?...

Car. Que esa mujer dice que no se va de aquí sin las quinientas pesetas.

Bed. ¿Y tú qué le has dicho?

Car. Que mande por una muda; porque las quinientas pesetas...

Bed. ¡Qué conflicto tan repugnante! ¡Y si la ven mis hijos!... Una mujer metida en casa... Reclamándome una deuda rufianesca... ¡qué vergüenza! ¿Qué haríamos, Carratalá? ¡Inventa, inventa algo!...

Car. ¡Qué sé yo!

Bed. Y a todo esto el conflicto con Martínez. . la pistola en el bolsillo... ¡A ver si se presenta aquí ese trasto a armar otra escandalera! ¡Una solución, Carratalá, una solución!...

Car. Chico, yo... ¡Bueno, es que tienes una de líos, Pepito, que más vale que los factures!

ESCENA X

DICHOS, PEPE y DON DIONISIO por primera izquierda

Pepe (Apareciendo segunda izquierda.) Buenos días, papá.

Bed. (¡Atiza, mi hijo!) ¡Hola, Pepe! ¿Y Matildita? ¿Qué tal? ¿Habéis descansado?

Pepe Bien. (Muy acentuado.) ¿Y tú?

Bed. Yo. . (Mira a Carratalá.) Yo... bien gracias.

Pepe Me alegro mucho. (A Carratalá.) Usted ya sé que ha descansado perfectamente.

Car. Un cuento de hadas.

Bed. (Mala cara tiene.)

Car. Pues en este momento, mi respetable don José, le estaba diciendo a Pepito...

Bed. Sí, estamos hablando de un asunto que con tu permiso vamos ahí a...

Pepe No; te ruego que te quedes, papá. Hemos de hablar unos minutos. El que me hará el obsequio de dispensarnos un instante es el señor.

Car. Me basta la más leve indirecta. Voy a... *nuestro* cuarto.

Bed. (Aparte a Carratalá.) ¡Que no salga esa mujer!

Car. (¡Descuida!) (Alto.) Hasta ahora. (Vase segunda derecha.)

Bed. (¿Qué me querrá mi hijo? Me va a echar una chillería. ¡Si pudiera escurrirme!)

Pepe Siéntate, papá.

Bed. Con tu permiso. (Se sienta. Pepe pasea. Pausa.) Tú dirás.

Pepe No hay, papá, no hay... No puede haber para un hijo momento más difícil que éste en que yo me encuentro, porque tú me has colocado en él.

Bed. ¿Yo?... Pues si es por mí... no quiero de ningún modo que... (Se levanta para irse.)

Pepe (Deteniéndole.) Siéntate y escucha. Te quiero y te respeto, papá... bien lo sabes tú, por ley de amor y de naturaleza y no se me alcanza de qué forma sin contrariar estos legítimos sentimientos podré decirte que tu vida ligera, que tu conducta irregular, han alcanzado ya, para mí, ¡para tu hijo! el límite máximo de la tolerancia.

Bed. Bueno, ¿ves? Es que la habéis tomado conmigo. Confiésalo, Pepe.

Pepe Papá, por Dios, no te ofendas a ti mismo molestándonos con esa suposición injusta.

Bed. ¿Pero qué he hecho yo ahora? (Se levanta llorando.) ¿Qué he hecho yo, si sabes que mi cariño hacia ti... (El llanto no le deja seguir.)

Pepe Papá, te ruego que te sientes y no empieces como todos los días.

Bed. ¡Después de lo que yo te quiero! Porque yo seré como sea, pero sabes que tanto a ti como a tu mujer... (Llora.)

Pepe Si sé que me quieres, papá; si sé que me quieres; ¿pero me quieres?

Bed. ¿Que si te quiero?... ¡Hijo mío! (Abrazándole.)

Pepe ¿Pero me quieres hacer el favor de no llorar y de sentarte? Hoy he decidido que no me conmuevas; de manera que ten paciencia.

Bed. Bueno. Lo que ordenes. No te contrario, abdicaré de mi autoridad. Tú mandas. (Se sienta.) (Si me atreviese le pedía las quinientas pesetas.)

Pepe Creo haberte dicho antes, papá, que ignoro en qué forma puede decir un hijo a un padre, sin faltar al natural respeto, las cosas que yo he de decirte. En consecuencia he determinado que te hable por mí una voz elocuente, un alto entendimiento, un noble corazón. (Alza la cortina de la puerta primera izquierda.)

Bed. Pero... (Se levanta absorto.)

Pepe Don Dionisio, tenga usted la bondad.

Dion. (Apareciendo.) Señor Bedoya... (Reverencia.)

Bed. (¡Porra!) (Otra reverencia.)

Pepe Solamente en las palabras de un sacerdote virtuoso pueden juntarse a un tiempo mismo, sin contradecirse, el cariño entrañable y la severa reconvención. ¡Atiéndele, papá! (Vase primera izquierda.)

ESCENA XI

DON DIONISIO y BEDOYA

Bed. ¡Pero está usted viendo!... ¡Siempre será el mismo! ¡Qué chico éste!

Dion. ¡Un muchacho ejemplar!

Bed. ¡Si no fuera tan serio no tendría precio! (Sonriendo.) ¡Razona usted de un modo... Pero... a todo esto siéntese usted, don Dionisio. (Le ofrece una silla.) Tome usted asiento.

Dion. Tantas gracias. (Sentándose.) Y ya hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh? Sí, señor; algo he mejorado.

Bed. ¡Mucho, mucho!.. (Que no se le ocurra salir a esa mujer, Dios mío.)

Dion. Pues bien, mi querido don José; previo este ligero preliminar que pone un cordial afecto a nuestra entrevista, paso *incontinenti* a cumplir la misión con que inmerecidamente me han honrado sus hijos cerca de usted.

Bed. Muy bien. ¿Quiere usted una copita de Jerez

o de moscatel, don Dionisio? Con franqueza, que conozco sus costumbres.

Dion. ¡No, gracias; muchas gracias! No apetezco de nada...

Bed. Perfectamente; siga usted; me la beberé yo, a ver si le animo. (Se sirve.)

Dion. El camino de la vida, mi querido don José, es un camino llano, fácil y suave, que pone Dios en su infinita misericordia al borde de la cuna y que nos ha de conducir rectamente a la mansión de los ángeles, única felicidad que al alma humana le es dable alcanzar.

Bed. ¡Muy bien, muy bien, muy bien! (Bebe.) Adelante.

Dion. Ya sé yo que una diabólica ventura con voz de sirena acecha al hombre y le llama por los atajos del pecado, ofreciéndole criminales alegrías. ¡Las almas que los siguen son almas extraviadas! Extraviada, don José de mi corazón, es el alma de usted. Oiga usted, pues, mi voz, que le llama al camino llano, fácil y suave, que conduce a la mansión de los ángeles, única felicidad que al alma humana le es dable alcanzar.

Bed. ¡Precioso!

Dion. Piense usted, mi señor don José, que no tiene usted edad... para esa vida de disipación y de locura... Piense usted que esas gentes con las que usted se reune en sus orgías y en sus crápulas, son los mismos que luego le señalarán a usted con el dedo ..

Bed. ¡Toma! Y si no fuera más que con el dedo...

Dion. Pues entonces, ¿por qué no vuelve usted a la realidad, don José de mi vida; por qué no vuelve usted a la realidad?... ¿Qué tiene usted en esa cabeza?

Bed. Pues un sifón... Eso le decía a usted. Lo de anoche.

Dion. ¿Y no le da a usted vergüenza ser así?

Bed. Hombre.. ¡Bueno, don Dionisio! Vaya, en lo mío hay mucho de exageración, créalo usted. Porque, ¿qué hago yo?... Que me retiro un poco tarde... que tengo ciertas amistades... que debo unos piquillos... ¡Y nada más!

Dion. ¡Y algo más; porque precisamente ayer le trajeron a Pepe una cuenta de importancia,

porque a usted se le ha ocurrido esterarle el cuarto a una tal Marcelina! (Se levanta indignado Bedoya.)

Bed. ¡Pero, hombre, por catorce metros de cordelillo!.. Echarme eso en cara... ¿Le parece a usted bien, don Dionisio? ¡Ella que quería alfombra! ¡Y encima que se lo ahorro me lo paga así!

Dion. ¡No; si eso de la estera creo que no lo ha pagado!

Bed. No corre prisa. Ese esterero es de los que esperan. ¡Pero créalo usted, don Dionisio, sin que yo diga que voy a competir con un arcángel, yo no soy malo; se me lleva por donde se quiere; y ahora, ahora mismo estaba oyendo esa palabra de usted, fácil y ardorosa, que me recuerda la de aquella águila soberana que batía sus alas sobre Hipona, la del glorioso San Agustín, y se me estaban llenando los ojos de agua!... (Bebe vino.) ¡De agua, sí! (Habla muy conmovido.) ¡Don Dionisio!

Dion. ¡Por Dios, no se afecte usted!

Bed. Si yo hubiese tenido a mi lado una palabra serena, una inteligencia augusta como la de usted; si yo hubiese estado cerca del noble entendimiento que anida en esa cabeza venerable que pronto ceñirá una mitra.. ¿cree usted que yo hubiese pecado? ¿Cree usted que no hubieran tenido enmienda mis yerros?.. ¡Sí, don Dionisio, sí; porque yo no soy malo, no soy malo! ¡Créamelo! (Llora.)

Dion. ¡Caramba! ¡Don José estoy profundamente conmovido; y si encontrase en este mísero cacumen la forma de facilitarle los medios de reparar esa vida de licencia y de desorden, lo haría *incontinenti* con toda mi alma, con todo mi corazón, puede usted creerlo!

Bed. Gracias, don Dionisio, miles de gracias. (Se abrazan.) ¡Por algo decía yo lo de la mitra! (Yo le pido a éste las quinientas pesetas.)

Dion. Y para eso, mi querido don José, para fortalecer ese propósito, lo primero es alejar de usted la perniciosa influencia de ciertas amistades, que pervierten, que extravían, que obligan á una vida de grandes dispendios.

Bed. ¡Oh, enormes! ¡Usted no lo sabe bien!

Dion. ¿Porque usted muchas veces necesitará mil cosas?

Bed. ¡Con quinientas me contentaba, créalo usted! ¡Si usted viera qué apuros!.. ¡Oh!...

Dion. Pues deliberadamente he hecho refluir la conversación sobre este tema; porque todo, don José, todo se lo perdona su hijo Pepe con su proverbial generosidad, y en cambio sólo exige de usted un único y preciso sacrificio.

Bed. ¿Cuál?

Dion. Que no siga usted autorizando ni un día más estas noticias con que la prensa le pone a usted en el más espantoso de los ridículos.

Bed. (Levantandose.) ¿Qué quieren ustedes decir?

Dion. Queremos decir que es indispensable, que es necesario que termine usted hoy mismo sus relaciones con esa desdichada criatura que se llama en el mundo del pecado Paquita Torres.

Bed. ¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio! ¡Eso jamás! ¡Eso nunca!

Dion. Don José, es preciso...

Bed. ¡He dicho que eso no!

Dion. Los sacrificios dolorosos son los que redimen.

Bed. ¡He dicho que eso no! Se le puede decir a un hombre a qué hora debe acostarse; pero nunca a qué corazón debe amar. Porque el corazón es como el agua—lo dijo Lamartine—, ¡va donde quiere!

Dion. ¡Pero don José!...

Bed. Y además, ¿qué tiene esa mujer de malo? ¡Es una muchacha honrada, es una muchacha inteligente; es una muchacha hasta religiosa!

Dion. ¡Don José!

Bed. ¡Sí, señor, hasta religiosa! Ella va a misa, ella hace obras de caridad, ella, y esto puede usted comprobarlo, ha pertenecido al ropero de Santa Rita...

Dion. ¡Permítame usted que dude!

Bed. Sí, señor... Y es una inapreciable propagandista; porque usted no sabe los amigos que ella ha metido en el ropero... Y si es verdad que la cara es el espejo del alma, mire usted ese retrato y dígame si una mujer tan bella puede ser mala. (Le enseña un retrato.)

Dion. ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¡Qué desnudez! ¡Este retrato supongo que se lo habrá hecho antes de entrar en el ropero!

Bed. ¡Poco antes, sí, señor!

Dion. (Devolviéndole el retrato.) ¡Ah, tome usted, tome usted.. Yo desfallezco... Don José, don José, ¿por qué en un esfuerzo generoso no se redime de esa abyección?

Bed. Don Dionisio, no puedo... ¡No puedo!... Las pequeñas causas entorpecen a menudo las grandes resoluciones,.. Para salir de este atolladero .. yo necesitaría, por motivos que no puedo enumerar de momento... me da vergüenza, pero es preciso que lo diga—¡quinientas pesetas!—¡Un apuro vergonzoso! ¡Es para pegarse un tiro! ¡Créalo usted! ¡Para pegarse un tiro! Si usted pudiera, padre... Si usted pudiera. .

Dion. Sí, hijo mio, sí... yo puedo, yo puedo.. yo puedo ayudar a usted a levantar ese espíritu, a fortalecer esa voluntad...

Bed. No, yo me refería...

Dion. Sé a lo que se refiere usted .. Por eso digo que sí, que abandone su descabellada vida que hasta pensar le hace en el suicidio y salve así...

Bed. Bueno, yo me refería a esa pequeña suma que. .

Dion. Y salve así el prestigio de su nombre, el honor de su hijo, la dignidad de todos.

Bed. Bueno, pero las quinientas...

Dion. Cosa en que confío y que pediré a Dios con todo el fervor de una oración humilde, esperando de ella el eterno bien, en la gloria eterna por los siglos de los siglos de los siglos. Beso a usted la mano. (Vase primera izquierda.)

Bed. ¡Bueno, y para esto me he oído yo un sermoncito de quince minutos!... Y Adelfa ahí. ¡Y Martínez, el bárbaro ese... que lo tengo detrás de las orejas!... ¡Nada, yo le mando la pistola! Voy por recado de escribir... Ahora resuelvo lo de Martínez, y luego veré de echar a esa mujer, porque a las doce me espera Paquita. ¡Paquita! ¡Unico bien, único encanto de mi vida!... (Saca el retrato.) ¡Qué saladísima es!... (Le besa. Lo guarda y vase primera derecha.)

ESCENA XII

DON DIONISIO, MATILDE, DON PABLO y PEPE, primera izquierda. Todos contrariados

Pepe ¿Y dice usted que mi padre?

Mat. ¿No le ve usted inclinado a dejar a esa mujer?

Dion. No, la verdad, aun cuando el engaño fuera quizá piadoso en esta ocasión, yo no debo manchar con él mis labios. ¡Don José no desiste! ¡No!

Pepe ¡Pero ese padre!

Mat. ¿Lo ves, Pepe, lo ves?

Dion. ¡No desiste, no! ¡Quinientas veces me lo ha repetido!

Pablo No queda, creerme a mí... a mí... no queda sino el otro recurso. ¡Me voy a ver a esa mujer!

Pepe / **Mat.** ¡Papá! (Tratando de contenerle.)

Pablo ¡Me voy a ver a esa mujer!... ¡Todo por salvar a ese desdichado!... ¡Todo por salvar vuestro decoro!... ¡Yo ante esa mujer!... ¡En qué trances pone el vicio ajeno a los hombres íntegros!... ¡Ah! (Vase.)

Pepe / **Mat.** ¡Adiós, papá! ¡Gracias! ¡Gracias por su sacrificio!

Dion. Y si he de ser a ustedes franco, me parece—y lamento tenerles que producir nueva zozobra—me parece que en esa imaginación bullen, o han bullido al menos, ideas que ponen o pueden poner en peligro la... vamos la...

Pepe / **Mat.** ¿Qué quiere usted decir?

Dion. Nada, nada, es un leve temor, no hay fundamento para sobresaltarse todavía, pero...

Pepe / **Mat.** ¿Pero qué?

Dion. ¡Que deben ustedes quitarle toda clase de armas!

Mat. ¡Jesús!

Pepe ¡Don... don Dionisio! ¿Qué dice usted?... ¡Acaso mi padre!... ¡Mi padre!

Dion. ¡Calma, calma!... Repito que no hay motivo

para una alarma fundada... pero en esas imaginaciones turbulentas...

Mat. ¿Pero sería posible que papá?...

Pepe Sí... sí... ¡Si lo temo todo!... Está loco... abrumado de deudas... ¡Acosado por nosotros!... No, no... Nada, sufriremos, callaremos... que haga lo que quiera... ¡Todo, todo antes que mi padre! ¡Qué horror!

Mat. Callarse... Ahí viene (Miran puerta primera derecha.)

Dion. ¡Caramba! ¿Qué ira a hacer?

Pepe Ocultémonos. Yo espiaré. ¡Viene pálido!

Mat. Pronto. (Se ocultan primera izquierda.)

ESCENA XIII

BEDOYA, luego DON DIONISIO, MATILDE y PEPE

Bed. Escribiré aquí... porque yo no entro en mi cuarto hasta que se vaya esa mujer. ¿Habrá alguien por esas habitaciones?... No, ¿ni en el mirador? (Lo husmea todo.) Nadie, muy bien. (Entorna el balcón. Se sienta y escribe.) «Mi querido Martínez: por más que he hecho artículo con la dichosa pistola, el Duque insiste en las cuatrocientas. No he querido dejársela. A las tres nos veremos en casa de Paquita: lleva a la Encarna. Te abraza, Pepito.» ¡Perfectamente!

Pepe ¿Qué escribirá? (Asomando.) ¿Qué saca del bolsillo?

Bed. Ahora.. (Saca la pistola.) Bueno... (Examinándola.) Este afán de conservarla cargada con los mismos cartuchos que usaba Rizal es un disparate. (Al volverse hacia el balcón para verla mejor, el hijo se entera de lo que tiene en la mano.)

Pepe (¡Cielos, una pistola!) (Horrorizado arrojándose sobre su padre.) ¡Papá! (Intenta quitársela.) ¡Papá! ¿Qué vas a hacer? ¡Trae ese arma! (Se la quita.)

Bed. Hijo. No, no te asustes. (Rompe la carta al verse sorprendido.) Era que...

Mat. ¿Y esa carta?

Dion. ¿Qué iba usted a hacer, desdichado?

Pepe ¡Papá, esto es inicuo!

Bed. ¡Pero, hijo, si era que!...

Pepe ¡Esto no! ¡Esto no te lo perdonaré nunca! ¡Tire usted ese revolver! (Llora.)

Bed. No, Pepe; eso no. La pistola, no.

Dion. (Cogiendo el revólver.) Yo me lo llevo lejos, lejos de esa mano criminal. (Vase segunda izquierda.)

Bed. No, llamarlo. Que no es mía. Oye, Pepe, que me pone en un compromiso. Que me dé la pistola.

Pepe No, es inútil que trates de fingir. Querías matarte.

Bed. ¿Qué estás diciendo? Te juro que no.

Mat. ¿Y esa carta que ha roto usted?

Bed. Era para...

Pepe Era para el juez.

Bed. Pepe, que no. No seais tontos. Oye, llama a ese señor, y que me devuelva la pistola, que me ponéis es un compromiso terrible. Que no es mía.

Pepe ¡Pagar con esa traición el cariño de un hijo!

Bed. Pero, Pepe de mi alma, si te juro que... Pero oye, que venga ese señor con la pistola... ¡Que voy a tener un disgusto con Martínez!

Pepe ¡Quererse matar por una mujerzuela!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ADELFA y CARRATALÁ; luego JULIA

Adelfa (Apareciendo trágica en la puerta.) Sí, por una mujerzuela, dígalo usted. Yo lo afirmo.

Bed. ¡Dios mío, esa furia! Yo me voy (Vase segunda izquierda.)

Mat. ¿Quien es esta señora?

Adelfa Una víctima propiciatoria, esta es la palabra; propiciatoria de ese hombre malvado a quien todavía amo... a quien todavía... ¡Ah! (Se desmaya.)

Car. (La recoge en sus brazos.) ¡Es una amiguita de Pepito! Una pequeña aventura que...

Pepe ¿Pero dónde estaba?

Mat. ¡Pero por Dios!

Car. Una breve historia de amor, que luego tendré el... (Suena un tiro.)

Todos ¡Ah! (Susto horrible.)

Pepe ¡Mi padre!

Mat. ¡Se ha matado!

Car. ¿Que se ha matado? ¿Pero quién se ha matado?

Pepe ¡Mi padre! ¡Ah!

Car. ¡Su padre! ¡Pepe, Pepito!

Adelfa ¡Muerto! Llevadme, quiero darle el último beso.

Julia (Saliendo por la izquierda.) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡El señor, el señor!

Pepe ¡Mi padre!

Julia Ahí... El señor... El señor cura. (Lívido, demudado, tembloroso, tartamudeando, con los pelos en desorden y la pistola colgando de dos dedos.)

Dion. No... no... no... no... no... a... su .. no asustarse... Nada .. he sido yo que me... me... que no me figuraba que estuviese cargada, y oprimí el... eso de... la popo... la poca costumbre.

Pepe ¡Qué susto! ¡Qué susto nos ha dado usted!

Mat. ¡Qué horror!

Dion. Joven... deme... deme usted... dos deditos... (La Criada le da dos dedos de la mano.) de agua.

Mat. ¿No está usted herido?

Dion. No, creo que no, señora. Herido, no.

Pepe ¿Pero cómo ha sido?

Dion. Al bajar la escalera... se me escapó el tiro y la bala dió en el pasamanos... dió a la perinola .. pero no la... pero no la rompió. Una roza... za .. zadura. Nada... Agua... Un poco... Un poco de agua.

Mat. / **Pepe** } Beba usted, beba usted

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Decoración; La escena está dividida por un tabique con su puerta mampara en el centro. La parte izquierda, que ocupa un tercio del escenario, representa el despacho de don Pablo en su casa de banca. Mesa escritorio, diván, sillas, librería, lámparas, teléfono, etcétera y puerta lateral.

La parte derecha, que ocupa el resto de la escena, figura las oficinas. Mesas de escritorio en forma de pupitres a un lado y otro, taburetes altos, atriles con grandes libros comerciales. A la derecha hay una puerta practicable. Al foro limita la escena con un biombo corrido de madera con dos ventanillas. Dicho biombo tiene una puerta practicable. Es de día. Junto a la mesa del despacho de don Pablo y en una mesita pequeña, dos bastones envueltos en papel; un barómetro con figura decorativa y una caja de cigarros.

ESCENA PRIMERA

DON PABLO en su mesa de despacho. Al lado PEPE. En las oficinas, BEDOYA solo, en una mesa; frente a una ventanilla, en otras, LOPEZ, PINTADO y COMAS; luego, un CAMARERO; después, RICO y un SEÑOR. Al levantarse el telón aparece López despachando a un Señor que estará asomado a la ventanilla, que entrega un dinero, le da López una letra de cambio y se va. Pintado, con un bastón envuelto en papeles, excepto el puño, delante de la mesa de don Pablo. Los demás trabajando

Uno ¿Está ese giro?

López Ahora mismo. Tome usted.

Uno Adiós, gracias.

López Vaya usted con Dios.

Pablo ¡Muy bonito! Muy bonito, amigo Pintado.

Ha tenido usted mucho gusto realmente, mucho gusto.

Pin. ¡No, por Dios, nada, no, señor! Un pequeño recuerdo que signifique a usted en su fiesta onomástica el deseo que yo... etc... etc.. y dije: le compraré un bastón, sé que usted los colecciona, etc... etc.. Y ese ha sido el motivo... Palo laurel, puño búfalo, regatón dorado...

Pablo Muy bien, gracias. Colóquelo usted ahí al lado del otro que me ha regalado López.

Pin. (Girando rápidamente.) Al momento. (Vuelve a girar.) ¡Ah, y excuso decir a usted, don Pablo, que le deseo en este día felicidades sin cuento, dichas mil, etc., etc., en unión de su cariñosa familia, a la que le ruego haga presente mi respeto.

Pablo Gracias, Pintadito, muchas gracias. Y tome usted, tome usted dos brevas; fúmeselas a mi salud. (Saca dos cigarros de la caja y se los da.)

Pin. Gracias, don Pablo. ¡Por Dios, no sé cómo significar...

Pablo ¿Y qué tal los suyos? ¿Anita bien?

Pin. Bien, si, señor. Pero otra vez así .. Por si eran pocos tres.

Pablo ¡Caramba, Pintado! ¿De modo que va usted hacia el cuarto?

Pin. ¡Qué remedio!... Sí, señor, voy hacia el cuarto.

Pablo ¿Y su mamá política?

Pin. Pues, como siempre. Con su genio y doce años de enfermedad, considere usted el mal humor... Un dineral en medicinas... siempre maltratándonos, en fin .. paciencia.

Pablo ¡Le ha caído a usted una breva!

Pin. ¡Sí, señor, y gorda!

Pablo Digo que le ha caído a usted una breva al suelo.

Pin. (Cogiendo uno de los cigarros que le ha caído al guardárselos.) ¡Ah!... ¿Era?... ¡Muchas gracias! ¡Caramba! ¡que *quid pro cuo!* (Sale a la oficina y trabaja.)

Pablo (A Pepe.) Pues, volviendo a lo nuestro, te diré, hijo mío, que fué una idea felicísima, ¡felicísima! ¡Tu padre es otro! Tú no sabes lo conveniente que ha sido colocarle en casa... no lo sabes.

Pepe Sí; pero hay que esperar, papá. Yo no me

fío mucho. Ya conoce usted a mi padre. Sólo lleva tres días trabajando .. ¡Y después de aquel disgusto!

Pablo Ah, no, no, no, no... No lo dudes. Lo que hemos hecho es el principio de su regeneración. Distraído con el trabajo, no piensa en juergas, acabará por desterrar su maldita afición al juego... Y dentro de poco no le conoceremos.

Pepe ¿Y no nota usted en él?...

Pablo Nada .. nada; claro que ha pedido un poco de dinero adelantado, y viene algo tarde y se manda traer almuerzo del cafe... pero yo confío en que...

(Hablan en voz baja. Entra el Camarero con un servicio de café.)

Bed. ¡Chists' ¡Aquí, Manolo!

Cam. Buenos días, don Pepito.

Bed. ¡Hola!

Cam. Ayer se le olvidó a usted pagarme la ración de riñones.

Bed. ¿Ves?... ¡La digestión! Eso es la digestión; cuando acabo de comer pierdo la memoria. Dipepsia ácida.

Cam. Buen remedio. Pague usted adelantado.

Bed. Es una idea a estudiar. Dejame tiempo. ¿Quién sabe?

Pepe (Que sigue hablando con su suegro.) ¡Pero eso es asombroso!

Pablo ¡Como lo oyes! ¡Tantas veces como me ha pedido dinero a cuenta de su paga, tantas como se lo he negado! Aquí no ve ni un céntimo, ¡ni un céntimo! hasta último de mes.

Pepe Muy bien hecho.

Pablo Convén conmigo en que él habrá sido un disipador, pero ahora lo está pagando todo...

Bed. Bueno, Manolo, que ahora no te pago, ¿eh?

Cam. Como usted quiera, don Pepito.

Bed. Luego me pasaré yo a liquidar. (A los empleados.) ¡Chist!... ¡Polluelos!... ¿Queréis un chupito?

Pin. Eso no se desprecia. (Va a la mesa de Bedoya y bebe.)

Los demás Gracias.

Cam. Hasta luego.

Pepe Pues ese, ese es el verdadero, el magno problema. Crea usted que ante él todos los de-

más decrecen en importancia. Cuando lo de la pistola ya vió usted que al fin mi padre nos confesó que sí, que iba a suicidarse por una deuda de cinco mil reales que tenía pendiente con aquella pobre señora que estaba oculta en su habitación y hubo que dárselos. ¿Pero, y su boda con Paquita Torres? Crea usted que de eso, aunque diga lo que quiera, no desiste. El amor, ¡qué digo amor! la torpe obsesión de esa mujer, absorbe y domina a mi padre, y temo que el peor día cometa una locura que nos llene de oprobio... En fin, temo que se case secretamente.

Pablo Yo, hijo mío, en este asunto de Paquita Torres, te voy a hablar con toda, absolutamente con toda franqueza. Acércate que no quiero levantar la voz no sea que en las oficinas... ya comprenderás.

Pepe (Acercándose.) Sí, señor, sí.

Pablo Pues bien, hijo mío, conocerme a mí y saber que he ido ya más de diez veces a casa de esa mujer, da la medida del sacrificio que por vosotros únicamente realizo. Pero me ha sido completamente imposible verla. Voy por la mañana y me encuentro conque está de visita con un títere .. voy por la tarde y me encuentro otro títere .. y he decidido no volver más, porque en aquella casa, vayas a la hora que vayas, hay títeres.

Pepe ¿Y no ha podido usted verla por la noche?

Pablo ¿Por la noche? ¿Por la noche? (Mirando a un lado y otro.) Voy, hijo mío, a decirte toda, absolutamente toda la verdad... Anoche, Pepe de mi alma, afectadísimo, con un asco invencible, me atreví ¡asómbrate! a entrar en ese salón de varietés, donde actúa, creo que se dice actúa, esa desdichada moza. ¡Fuí, yo ¡yo!... al Salón Escarlata .. ¡Calcula!

Pepe ¡Por Dios, papá! ¡Cuánto sacrificio! ¿Y qué, pudo usted hablarla?

Pablo No quiero decirte, Pepe de mi alma, cuánto me arrepentí de verme en aquel antro inmundo, donde la bestialidad humana tiene tantas y tan salvajes expansiones. ¡Qué innobles gritos! ¡Qué feroces aullidos! ¡Me ahogaba, Pepito de mis entrañas, me ahogaba! Vi a una desgraciada bailando una

danza soez, creo que se titula el garro... garrotín, y oí que la que lo bailaba, quería apostarse no sé qué con la concurrencia. Y a todo esto, aquella desdichada, iba con una ligereza de ropas, que yo, avergonzado, asqueado, atolondrado, salí huyendo; y cuál no sería mi aturdimiento, que loco, sin saber lo que me hacía, me metí en el escenario.

Pepe ¡Qué horror!

Pablo Cuando me vi en la calle, el aire de la noche devolvió a mi ánimo su habitual serenidad, y pude... pude pensar mejor las cosas, y me fuí al Casino y escribí una carta a esa desdichada, citándola para hoy a la una en punto en este mismo despacho.

Pepe ¡Muy bien hecho!

Pablo ¿Te parece bien?

Pepe ¿Querrá venir?

Pablo No lo sé. Aquí podré hablarla extensamente, si viene, sin dar pábulo con mis nuevas visitas a maliciosas interpretaciones.

Pepe La idea es excelente. ¿pero si la ve mi padre?

Pablo Lo tengo todo previsto. Poco antes de la una lo alejaré de aquí con un pretexto.

Pepe Perfectamente. Dios quiera que venga.

Pablo Yo me permito creer que sí, porque la carta la redacté en términos de mucho encarecimiento.

Pepe Muy bien, papá; ojalá tengamos el éxito que nuestra intención merece. Y yo ahora, con permiso de usted, me voy a recoger a Matilde de casa de Anchúrez.

Pablo Siento no poder acompañarte, porque tengo mucho trabajo; pero espera un instante y saldré contigo. Voy a avisar que cenáis en mi compañía. (Trabaja con sus papeles. Pepe lee un periódico.)

ESCENA II

DICHOS y RICO por la puerta de la derecha

Rico (Entrando con un bastón envuelto en papel de seda.) Bue... Bue... buenos días.

Bed. Hola, Rico,

Todos Buenos días.

Bed. ¿Quieres un poquito de café?

Rico Gra... gra.. gra...

Bed. Caramba, qué dificultoso vienes hoy.

Rico Gra .. gra... gracias. ¿Está don... don... don Pablo?

Bed. Sí, ahí está. ¿Qué le traes?

López ¡Atiza, otro bastón!

Pin. Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo.

Comas Hombre, como los colecciona, es natural.

Rico Es que este bastón hace pan .. pan... pan..

Bed. ¿Es un bastón escopeta?

Rico Hace pan.. pandant con el papa... paparaguas que le regalé el año pasado. Es una casualidad que... que... lo haya encontrado.

Pin. Vaya, hombre, pues que sea enhorabuena.

Bed. Y éntraselo en seguida, que con la comprita te has descuidado. (Sacando el reloj.) Fíjate. Anda. ¿Qué hora tienes, que se me ha parado?

Rico (Mirando su reloj.) Tan... tan... tan...

Bed. ¿Las tres?

Rico Tan... también se me ha parado a mí.

Bed. Pues anda, que mira la correspondencia sin despachar.

Rico En se . seguida salgo. (Abre la mampara.) Da... da... da...

Pablo Adelante, Rico.

Rico Bue... buenos días.

Pablo ¿Qué le trae por aquí?

Rico Don Papa... Pablo, ruego a usted que acepte, como obsequio en sus días, esta papa... papa...

Pablo Pero si es muy bonito. (Mirando el bastón.)

Rico Digo esta papa .. pálida muestra de mi gra... gra.. gratitud y afecto.

Pablo Muchas gracias, Rico. Precioso, precioso. Tome unos cigarros y a trabajar.

Rico No... no... no hay de qué darlas.

Pablo Y tenga usted la bondad de dejarlo ahí junto a los que me han regalado López y Pintado.

Pepe Vaya una de bastones.

Rico Con... con... con permiso. (Vase. Sale y se pone a trabajar.)

Pablo Pues vamos cuando quieras.

Pepe Vámonos. Y por Dios, papá, si viene esa mujer recurra usted a todos los medios.

Pablo Confía en mí, Pepe. A todos los medios. A la palabra, al dinero, a la amenaza. La venceremos.

Pepe Si yo viera a mi padre redimido, qué alegría.

Pablo Le verás. El medio en que vive es el modificador más eficaz de las costumbres. Tu padre aquí, entre esta dependencia escogida, todos son muchachos de una integridad moral probadísima, no encontrará ambiente para sus perniciosas aficiones, y en cambio, la conducta de estos muchachos incorruptibles le estimularán a la enmienda. Ya verás.

Pepe Ojalá, ojalá.

Pablo Hasta luego, Comas. (Salen.)

Comas Adios, don Pablo .. Estos giros... (Hablan bajo.)

Pepe Adiós, papá.

Bed. Ah, ¿eres tú, hijo? Estoy mareado. Llevo toda la mañana con un trabajo horrible, no te había visto. Perdona.

Pepe ¿Estás contento, papá?

Bed. ¡Ay, hijo mío! Si yo hubiera sabido antes lo redentor que era el trabajo...

Pepe Yo no sé... Te veo en esa mesa, y a pesar de tu alegría, siento así... qué sé yo... como una especie de remordimiento.

Bed. ¡Quieres callar! ¡Ojalá me hubieras traído aquí a la fuerza como un niño travieso! Oye, hijo mío. (Le lleva aparte.)

Pepe ¿Qué?

Bed. No quiero que se enteren. ¿Tienes dos duros?

Pepe Sí, papá; ya lo creo. (Se los da.)

Bed. En pesetas si pueden ser.

Pepe Sí, creo que sí. Toma.

Bed. ¡Hijo de mi alma! (Le abraza.)

Pablo (Que termina su conversación con Comas.) ¿Vamos, Pepe?

Pepe Cuando usted quiera.

Pablo Hasta luego.

Pepe Adiós, señores.

Todos Ustedes lo pasen bien. (Vanse puerta derecha. Todos trabajan en silencio sepulcral.)

ESCENA III

DICHOS, menos DON PABLO y PEPE. Luego entra el ORDENANZA de la casa. Después un NEGOCIANTE

Todos siguen durante unos momentos trabajando silenciosamente. Entra el Ordenanza con un paquete de cartas, que le acerca a la mesa a Comas

Ord. El correo de las doce.

Comas Déjalo aquí.

Ord. Está bien. (Lo deja y vase. Sigue el silencio del trabajo. De pronto Bedoya levanta la cabeza, mira a todos lados, saca del bolsillo una baraja, echa dos cartas encima del pupitre, y sin moverse de su sitio, dice a los otros en voz baja:)

Bed. Cinco y caballo. (Todos se levantan con presteza y se dirigen a la mesa de Bedoya.)

López Dos pesetas al cinco.

Pin. Soy caballo.

Rico Arre... arre...

López ¿Qué dices, hombre?

Rico ¿Ha resuelto usted lo de Valladolid?

Pin. Déjeme ahora, hombre. Pues poquito que me gusta a mí ese caballo.

Comas Tire usted el gallo.

Bed. As y rey. (Tirando las cartas que nombra.)

Neg. (Se asoma a la ventanilla.) Muy buenos días. (No le hacen caso.)

Bed. Hagan juego.

Comas Dos reales de salto al as, y dos a la carta.

Bed. Van.

Neg. ¿Han acusado recibo del giro que hice anteayer?

Pin. Una peseta.

Bed. ¿A dónde?

Neg. A San Sebastián.

Pin. Al rey.

López El rey lleva medio duro.

Bed. ¿Está hecho?

Neg. Pues señor, esto está bonito; timbando en vez de despachar a la gente.

Bed. ¿Está hecho?

Rico Ju... ju... juego. Caen dos pepe... pesetas al as.

Bed. ¿Dónde están?

Rico Es que juego de bobo... bobo...

Bed. Sí. sí; de bobo.

Rico De bobo... quilla.

Bed. Pues si ganas te pago lo mismo.

Pin. Vamos, tire usted.

Bed. No va más. (Empieza a tirar cartas; todos están en un silencio religioso. El Negociante va sacando cada vez con interés más creciente la cabeza por la ventanilla.)

Neg. Juego. (Todos le miran.) ¿Se me permite una postura?

Bed, Hable el punto.

Neg. (Sacando cinco pesetas sueltas.) Dos pesetas al rey, una de salto al mismo, y dos casadas al cinco.

Bed. Va todo y no va más. Juego... (Tira cartas.)

López (Que temeroso se ha asomado a la puerta, viene a escape.) ¡Don Pablo, don Pablo!

(Gran confusión; todos echan mano al dinero. Bedoya coge la mayor parte; el Negociante mete la mano a ver si alcanza Esconden la baraja. Ocupan sus asientos y trabajan Silencio absoluto.)

Neg. ¿Pero y mi postura? (Todos tosen.)

Pablo (Entrando.) ¿Qué cartas han venido?

Rico Cinco y... mu... muchas.

Comas Aquí están.

(Don Pablo las coge y las mira.)

Neg. ¿Pero y mi postura?

Bed. ¿Decía usted que le acuse de recibo?...

Neg. Lo que le decía es que me devuelva mi postura. (Todos tosen.)

Bed. Ya escribiremos al corresponsal y en seguida se le devolverá lo... ahora, cuando...

Neg. Ruego que se me devuelva mi postura.

Bed. Chist, silencio, que...

(Don Pablo le mira a Bedoya, azarado, ,se agacha al suelo.)

Pablo ¿Pero qué postura es esa?

Bed. Es que iba a coger una nota que se me había caído, don Pablo.

Pin. (Bajo, acercándose a la ventanilla.) Tome y calle.

(Le da algo y el Negociante se marcha)

Pablo (Que ha seguido hojeando las cartas.) Que no pase nadie a mi despacho hasta que yo avise.

Comas Descuide usted, don Pablo.

(Don Pablo entra en el despacho, se sienta y trabaja.)

ESCENA IV

DICHOS y CARRATALÁ

Carratalá se asoma a la ventanilla, llama la atención de Bedoya chistándole, y le hace señas de que abajo hay alguien que le va a coger del pescuezo y le va a dar de puñetazos y es preciso que huya. Todos los empleados le miran con asombro

Bed. (Bajito.) ¿Pero qué dices? (Carratalá repite las señas.) Pasa. (Caaratalá entra de puntillas, se quita el sombrero y va mesa por mesa saludando a todos con la mano muy afectuosamente.) ¿Pero qué me decías?

Car. Pues hijo, una cosa horrible, Pepito. Verdaderamente horrible. Adelfa rondando esta casa.

Bed. ¡Canario!

Car. Más loca que nunca. Te aguarda en la calle para arrojarte el vitriolo. Es su obsesión.

Bed. ¡Caramba! ¿Pero no le diste las quinientas pesetas que te entregué?

Car. ¿Cómo si se las dí? ¡Pepito, ya me conoces! religiosamente. Salir de tus manos, caer en mi bolsillo y pasar íntegras a su portamonedas.

Bed. ¿Entonces por qué me persigue?

Car. Ahora es el amor. Se ha propuesto que acabes a toda costa tus relaciones con Paquita.

Bed. Pues vive Dios que no lo consigue ni ella ni nadie. No faltaba más. Dila que no; que no termino con Paquita aunque se empeñe el mundo entero.

Car. Chico, insiste en lo del vitriolo con una tenacidad que me alarma. Va a subir aquí.

Bed. (Asustado.) ¡Demonio!

Car. Tu vida peligra. El escándalo es inminente.

Bed. ¿Pero qué hago yo, Dios mío?

Car. Ante todo no hablar con ella, eso es lo primero y lo esencial: para cuyo efecto precisa que huyamos por la escalera de servicio.

Bed. ¿Pero si está en la calle?...

Car. Yo me asomaré a la puerta, espiaré sus pasos, la ganaremos la acción al primer descuido, y en un coche que tengo en la esquina, montamos; partimos, y...

Bed. Sí, es lo más acertado. Perdona un momento, que voy a disculparme con el tenedor de libros. (Se va a la mesa de Comas y habla con él en voz baja.)

Comas Vaya usted tranquilo, que yo le disculparé.

Bed. Son cosas de la vida, amigo Comas.

Comas Sí, hombre, si...

Bed. Y si viene esa loca, echarla como podais.

Comas Descuide usted.

Bed. Pues hasta ahora.

Comas Adiós, don Pepito.

Bed. (A Carratalá.) Vamos, tú. (Vanse derecha.)

ESCENA V

DICHOS y luego ADELFA

Pin. (Desde su mesa.) Rico...

RIco ¿Qué papa... pasa?

Pin. Haz el favor de decirme qué es lo que tienes encima del asiento... (Hojeando un libro.)

Rico ¿Qué?

Pin. Hecho a Cádiz con cargo a Pimentel y Compañía.

Rico Pues un abono de Gua... Gua... Guadalajara, de la viuda de Gutiérrez e hijos.

Pin. Muy bien. Ahora díctame los nombres de los giradores de ayer.

Rico Fifi... Fidel Iba... Ibáñez...

Pin. Otro.

Rico Va.

Pin. Venga.

Rico Valeriano Rubio...

Pin. Otro.

Adelfa (Asomándose por la ventanilla.) Buenos días.

Rico Ole... Ole...

Adelfa Muchas gracias.

Rico Olegario Pérez.

Adelfa ¿Me podrían ustedes hacer un giro para Budapest?

Comas No tenemos corresponsal con ese punto, señora.

Adelfa ¡Caramba! ¡Cuánto lo deploro, pero qué se le va a hacer! ¿Y diga usted, joven, ya que me hallo aquí, está por una casualidad empleado en estas oficinas un tal Pepito Bedoya?

Comas (¡Atiza! ¡Esta es la que le persigue!) Dirá usted don José Bedoya.

Adelfa Diré don José, si usted se empeña, pero Pepito es el diminutivo cariñoso con que vulgarmente se le denomina, por eso me he permitido quitarle el don de la palabra José, y substituir esta por la otra. ¿Está empleado o no?

Comas Lo estuvo, pero ayer precisamente se le dió el cese.

Adelfa ¿Ayer?... ¡Granujas!... ¿De manera, distinguido empleado, que no se le podrá retener de su sueldo cantidad ninguna para el pago de quinientas pesetas que me adeuda?

Comas No, señora; ¿cómo se le va a retener si aquí ya se liquidó con él?

Adelfa Me está muy bien empleado, señor empleado. ¡Ame usted... sacrifíquese usted... ponga usted su cara en vergüenza ante la dependencia financiera de una casa de banca, para que luego la pongan a usted un *Inri*, y todo el mundo se mofe, o mejor dicho, se befe... porque esto lo mismo puede ser mofa que befa, de la desgraciada infeliz mujer que entregó su amor y su peculio a un ser repulsivo y hediondo!...

Comas Señora, yo lamento mucho, pero el trabajo...

Adelfa Sí, sí... simpático empleado, sí... Usted dirá, con su franca sonrisa, ¿y para qué viene a mí esta señora con cuentos tártaros?... ¡Oh, pero no son tártaros, señor mío! Si hubiese usted podido seguir paso a paso el *éxodo* cruel de esta lamentable odisea que una pobre mujer impelida, entienda usted bien, impelida, se vió precisada a arrostrar, segura estoy que *truecaría* usted su sonrisa sarcástica, por un noble gesto de ira, para que este crimen no quedara *impugne!*

Comas Yo de buena gana la seguiría escuchando, pero el trabajo...

Adelfa Sí, amable empleado, sí... si me hago cargo... que ustedes con los asientos, datas, abonos y giros estarán mareadísimos, pero un alma herida no reflexiona, porque lo grave... ¡Compadezcan ustedes mi desdicha, es que encima que no me ha pagado, me ha dicho Carratalá, un amigo suyo, que en cuanto me ponga delante de él, me va a dar un palo!

¡Herirme la mano que besé! ¿No es horrendo, no es odioso? ¿No es inhumano? (Le cierra la ventanilla y habla ya por fuera.) ¿No es hora de oficina?

Comas Sí, señora.

Adelfa ¿Pues por qué cierran?

Comas Porque nos está usted molestando, señora.

Adelfa Sí, sí... lo comprendo... perdonen ustedes, distinguidos jóvenes... y no conserven de mi natural impertinencia un recuerdo odioso... ¡Adiós, señores!

Pin. (A Rico.) ¿A dónde has hecho el giro de la casa Pimentel?

(Rico mira los libros.)

Adelfa Que ustedes lo pasen bien.

Rico (Contestando a Pintado.) A Bur... a Bur...

Adelfa Ya me he despedido, joven.

Rico A Burgos.

(Adelfa se va. Pausa.)

Comas ¿Se ha ido ya?

Rico ¡Jesús, qué señora!

López ¡Es un loro!

Rico ¡Es una coco . cocó...

Pin. No, hombre, si es muy fea.

Rico Una cocó... cotorra

Comas A trabajar, no sea que salga don Pablo.

(Trabajan todos.)

López Pero ese señor Bedoya también es un fresco. No pagarle a la pobre mujer... Bueno que la deje, pero ..

Comas Cállate no nos oiga.

(Callan todos.)

Pablo (Sale puerta izquierda de su despacho.) Faltan pocos minutos para la hora. ¿Vendrá esa desgraciada? ¿Podré realizar mi obra generosa? ¡Dios lo quiera! Alejaremos a Bedoya. (Toca el timbre.)

Comas (Entrando en el despacho.) Usted dirá.

Pablo Que me haga el favor, amigo Comas, de suplicar al señor Bedoya, que lleve esta carta a la Prosperidad, al hotel del señor González Merino, y que aguarde contestación. Que vaya en seguida.

Comas Está muy bien, (Vase.)

Pablo Con esto ganamos hora y media.

Comas Que lleve una carta Bedoya (Se lo dice a Pintado.)

Pin. ¿Le ha dicho usted que no estaba?

Comas No me he atrevido. Que la lleve cuando venga. Así ahora se disculpa su falta.
(Se sientan y trabajan.)

Pablo Verdaderamente, meterme yo en estos fregados de redimir almas empecatadas... ¿no será muy ingrata labor?... Y luego una moza que presumo cínica, procaz, con la insolencia propia de la...

ESCENA VI

DICHOS y ORDENANZA

Ord. (En la puerta del despacho.) ¿Da usted su permiso?

Pablo Adelante.

Ord. Señor, una señorita joven que me ha dado esta tarjeta aguarda ahí fuera.

Pablo ¡Ella! (Después de leer la tarjeta.) ¡Que pase a escape! Anda...

Ord. ¡En seguida, señor!

Pablo ¡Caramba! Ha sido puntual. Buena cualidad.
(Se atusa el pelo, se arregla la ropa, se retuerce el bigote y se estira los puños, corrigiendo la situación de su corbata. Entrando el Ordenanza llama por señas a los empleados, acuden todos y les dice en voz baja.)

Ord. ¿Saben quién ha venido para ver a don Pablo?

Todos ¿Quién?

Ord. Esa cupletista tan guapa del salón Escarlata.. La Paquita Torres.

Pin. ¿La Torres aquí?...

Todos ¡La Torres! ¡La Torres!

Ord. Ahora la verán... ahora la verán. (Se sienta cada uno en su sitio, atusándose los bigotes, arreglándose la ropa, etc.) Pase, pase por aquí, señorita.
(Abre la puerta y pasa Paquita. Los empleados muy corteses se levantan.)

ESCENA VII

DICHOS y PAQUITA TORRES, muy elegante y sugestiva

Paq. Buenos días, señores (Saluda a un lado y a otro.)

Pin. (En voz baja pero con entusiasmo, como todos los demas.) ¡Ahí lo gitano!

López ¡La gracia del mundo!

Comas ¡Vaya con Dios lo bonito!

Rico Su .. su... su .. superior.

Paq. (Muy seria, y correcta sin hacer caso, pregunta al Ordenanza que abre la mampara.) ¿Es aquí?

Ord. Sí, señora.

Paq. (Desde la puerta.) ¿Da usted su permiso?

Pablo Adelante.

Paq. ¿Es a don Pablo García Piernas a quien tengo el honor de hablar?

Pablo Para servir a usted.

Paq. Beso a usted su mano, señor mío.

Pablo A sus piés, señorita. Ruego a usted que tenga la amabilidad de sentarse. (Va a sentarse ella en el diván. El la ofrece una silla.) Aquí estará más cómoda.

Paq. (Haciendo una reverencia.) Agradezco a usted su delicada atención. Con su permiso, señor Piernas. (Se sienta recogiéndose las faldas.)

Pablo (Tiene muy buenas formas. No esperaba yo esto.) (Coge una silla y se sienta a su lado.) Señorita, ruego a usted que me oiga con benevolencia.

Paq. Le oigo a usted encantada. Dígame cuanto guste.

Pablo Supongo que habrá sorprendido a usted mi carta, pero era preciso e inevitable esta entrevista en la que yo debo hacerle una súplica, que usted atenderá seguramente, adoptando en consecuencia resoluciones que garanticen la tranquilidad de personas muy afectas a algún individuo que no debe ser a usted enteramente desconocido.

Paq. (Sonriendo.) ¡Ah, vamos! ¿Se refiere usted a Pepito Bedoya, no es eso?

Pablo Precisamente.

Paq. Lo esperaba y lo temía. Lo esperaba porque no hay bien que eche raíces en mi vida.. ¡Es mi sino fatal!...

Pablo Señorita, yo debo limitarme...

Paq. Esperaba esto... Sí... no puedo negar a usted, señor Piernas, que le conozco hace tiempo. Su carácter rectísimo, su integridad moral son proverbiales... Y luego ¿quién no conoce a usted en Madrid por su cuantiosa fortuna?

Pablo Señorita, le suplico que no me haga merced de elogios inmerecidos, ni crea, por lo que

a mi fortuna se refiere, en las exageraciones del vulgo. La fantasía popular todo lo abulta. No puede juzgarse de la verdadera proporción de las cosas, por la sombra que proyectan, siempre deforme.

Paq. Exactamente; pues a su misma teoría me acojo. Señor Piernas, no puede juzgarse de la verdadera proporción de las cosas por la sombra que proyectan... No olvide usted esas nobles palabras que su claro talento le ha inspirado, y en consecuencia nó juzgue usted a esta pobre cupletista como una liviana muchachuela, sin decoro y sin alma! ¡Yo se lo ruego!

Pablo Señorita, yo en este caso debo limitarme a encarecer a usted la necesidad de abandonar sus relaciones con Bedoya; lo exigen de consuno...

Paq. Sí, sé lo que va usted a decirme... ¡Lo exige el limpio honor de una familia distinguida! que ¡claro! se empañaría al contacto de esta desgraciada mujer... ¡Ah, qué mundo cruel! Estoy afectadísima, verme ante usted acusada de vilezas que me abochornan .. Yo he recibido una educación distinguida. Mi pobre padre era un bizarro jefe injustamente expulsado del ejército .. mi madre una santa mujer... mis desventurados hermanitos...

Pablo ¡Señorita, por Dios!...

Paq. Es fácil infamar a una pobre muchacha, pero nadie piensa en los días sin pan, en las noches sin luz en el largo abandono, en el negro infortunio! Ah, sí, amigo don Pablo... ¿Le ofende a usted que le llame amigo?

Pablo Señorita, por Dios, quiere usted callar...

Paq. Gracias, muchas gracias. (Le coge la mano) Y luego nadie ve que a pesar del dolor y de la miseria, la juventud no se somete ni se domina y resplandece y triunfa, hasta sobre la carne torturada. Y surge la caída, la tremenda, la inevitable caída. Esta es mi historia, muy buenísimo don Pablo, igual a la vulgar historia de tantas degraciadas. Sí .. ¡perdone usted que llore!...

Pablo (Afectado.) Señorita, caramba, serénese usted... tranquilícese usted... yo se lo suplico.

Paq. ¡Y a todo esto despreciadas del mundo, sin

una mano que nos guíe, sin un pecho sobre el que llorar!... (Llora afligida.)

Pablo Señorita, eso no. . para un sincero arrepentimiento, no me parezco muy bien, pero... Si usted quiere. . (Le insinúa que llore junto a él.)

Paq. ¿Pero es posible? ¿Me ofrece usted su pecho?

Pablo ¿Qué voy a hacer? ¡Como no prefiera usted que llame a uno de mis dependientes!

Paq. Ah, don Pablo, sí . de todo me compensa su bondad... Gracias, ¡muchas gracias! Estas lágrimas que derramo sobre sus manos...

Pablo Vamos, por Dios, señorita, no llore usted más, que estoy realmente afectado...

Paq. ¡Ay, no, por Dios, eso no! ¡Usted perdone! ¡No me perdonaría el afligirle!... No, no me haga usted caso... Ya no lloro... ¡Ve usted, ya estoy contenta, ya río!... Es mi sino fatal!... ¡La risa por oficio! ¡La alegría por castigo!... Ya se pasó, ya estoy alegre... ya no lloro... ¡Ve usted, ya no lloro! ¡Ah, no, no!... ¡La risa... sí... la eterna máscara!

Pablo Por Dios, señorita, ¿quiere usted un poquito de azahar? Está usted excitadísima.

Paq. Como el hielo. Mire usted... ¡Pero, ay, por Dios, pero si usted está casi más frío que yo!... (Con las manos enlazadas.) Ay, Dios mío, ¿cómo le daría yo a usted calor?

Pablo Pues... e... e... (Mira a todos lados azorado, nervioso, intranquilo.) e... e... e... Con permiso (Se levanta.) ¿A usted no le molestará que fume?

Paq. No, señor, al contrario, me deleita el olor del tabaco si es bueno. (Pausa.)

López ¡Cuánto tiempo!

Comas ¿Qué harán?

Pin. ¡Voy a ver!... (Se acerca de puntillas y se pone a escuchar tras la puerta en el momento en que don Pablo chupa fuertemente del puro que está encendiendo. Al oir este sonido lo confunde con otro más sugestivo, y poniendo en su cara un gesto malicioso corre a su asiento y escribe.)

Comas ¿Qué hacen?

(Pintado, sin dejar de escribir, hace un ademán con la mano como indicando que vayan con Dios.)

López Pero, ¿qué has oído?... (Repite el ademán.)

Rico ¡Ya... ya... ya me figuro, ya!...

(Trabajan todos. Don Pablo vuelve a sentarse.)

Pablo (Volviendo a sentarse.) ¿Está usted más tranquila?

Paq. Sí, señor. Ha sido una ligera crisis.. ¡Estos malditos nervios! ¡Ya pasó!

Pablo Lo celebro mucho, y aprovecho la coyuntura para insistir en el motivo principal de esta entrevista.

Paq. ¿En que deje a Pepito?

Pablo Exactamente.

Paq. Haré lo posible.

Pablo ¿Pero usted ha amado en serio a ese hombre?

Paq. Al principio le amé, ¡a qué negarlo! quizá la gratitud... pero luego, ya más serena, me sentí defraudada, porque Pepito, que me había dicho que tenía el oro y el moro... no tenía.

Pablo Ni el moro siquiera, ¿no es eso?

Paq. Precisamente.

Pablo Y luego un hombre de cierta edad me chocaba a mí que.. porque algunos que se conservan... (Se atusa el bigote.)

Paq. ¡Eso no! Le soy a usted franca. No me han gustado nunca los jóvenes.

Pablo ¡Qué raro!

Paq. Le hablo a usted como mujer... No encuentro gracia en que un joven se haga amar por nosotras, tiene más mérito que cuando nos ame un viejo, sepa hacernos olvidar que lo es.

Pablo (¡Canario!) e... e... e...

Paq. De modo, que por lo que se refiere a Pepito, le dejaré en seguida. Si usted quiere aliarse a mí para esta magna empresa, y digo esto, porque no es tarea fácil cerrarle la puerta. ¡Me ama tanto el pobre! Dice que soy el último rayo de sol en la tarde de su vida.

Pablo No haga usted caso; eso lo ha leído en Gustavo A. Becquer.

Paq. Yo ya le soportaba por gratitud. Pero mi conveniencia... usted lo comprenderá Yo necesito una persona respetable de cierta posición. Nuestro sueldo es tan escaso... Hay que vestir bien, tener buena casa, y luego esta eterna agitación nuestra. El ensayo, las compras, el paseo... siempre de aquí para allá con estas distancias tan largas. Qué menos que un coche o un pequeño automóvil. ¡Oh, el automóvil es mi sueño! Usted dirá que soy una loca.

Pablo — No, no, quiá; yo tengo un 24-30.

Paq. — ¡Qué delicia vivir esta vida intensa de Madrid! Ser admirada y aplaudida, bullir, figurar, aturdirme entre aclamaciones y galanteos, y de pronto montar en un auto y huir, huir con el hombre amado a esconder la dicha en el silencioso rincón de un hotelito de la sierra. ¡Oh, qué dulce sueño! ¿Ve usted qué locura: amigo Pablo?

Pablo — Eso será una locura, pero no es una tontería ni mucho menos.

Paq. — Lo digo porque ya ve mi triste realidad: ni fortuna, ni automóvil, ni hotelito, ni amor.

Pablo — Pues todo eso... (Mira a un lado y a otro.) todo eso... (Se arrepiente de una cosa que va a decir.) bueno... a otra cosa. No nos salgamos del perímetro del asunto. Supongo que lo de Pepito...

Paq. — Está dicho, le dejo. Pero es preciso que usted me ayude. Tengo un plan eficaz, pero esta visita se prolonga demasiado, y yo...

Pablo — Bueno, ¿pero ese plan?

Paq. — Para tratar de él venga usted a mi cuarto; le espero esta noche en el teatro.

Pablo — ¡Señorita!

Paq. — Tiene el escenario una puerta reservada que da a una calle desierta. Está todo previsto. No le verá nadie.

Pablo — En ese caso... Sin embargo, advierto a usted, que alternar yo con esa gente... Porque usted es una excepción, pero tiene usted compañeras que se comportan y visten de un modo tan procaz... Buena está una atractiva coquetería, una graciosa desenvoltura, pero que no se salgan de lo que conviene a una sana moral. Y lo mismo digo de los escotes que usan. Bueno está que se escoten, pero que no se salgan del límite regular que señale la decencia.

Paq. — Tiene usted razón. Pero son tan caros esos trajes... Si viera usted que casi lo hacemos por economía...

Pablo — Pues deben ustedes ahorrar bárbaramente.

Paq. — En fin, adiós, amigo don Pablo. Le complaceré. Pero ayúdeme usted. Sola me sería imposible. ¿Vendrá usted a mi cuarto?

Pablo — Si es preciso...

Paq. — Es preciso, y además, yo lo deseo.

Pablo (Salvaré a un desgraciado. No retrocedo.) Iré.
Paq. Gracias. Hasta luego.
Pablo Adiós, Paquita. (Hablan en voz baja.)

ESCENA VIII

DICHOS y BEDOYA

Bed. (Entrando furioso.) ¡Ese Carratalá! ¿De dónde saco yo tres duros para pagar el coche? Y el contador corriendo, que es lo más grave.
Comas ¡Chist!
Todos ¡Chist!
Bed. ¿Qué pasa?
Comas Calle.
Paq. (A don Pablo.) No, bombones no. Otra cosa cualquiera. Gracias.
Pablo Como ignoro las costumbres... Adiós, hasta luego. (Don Pablo vase puerta de su despacho.)
Paq. Hasta luego. (Sale y da de manos a boca con Bedoya.) ¡Pepito! (Contrariada.)
Bed. Paquita, tú, ¿tú aquí? (Con sorpresa.)
Paq. Sí, yo aquí; ya lo ves.
Bed. ¿Tú en esta casa? ¿A qué has venido?
Paq. (Poniendose triste.) ¡Ay! no he venido, Pepito. He sido llamada, que no es lo mismo.
(Los dependientes les oyen dialogar con sorpresa.)
Bed. ¿Tú llamada aquí? ¿Y para qué? ¿Por quién?
Paq. Pepito, evítame la molestia y la tristeza de ser yo misma la que te diga a qué he sido llamada.
Bed. ¡Ah, ya adivino! ¿Acaso?...
Paq. Sí, Pepito. En nombre de la felicidad, en nombre del honor de una familia distinguida, en nombre de qué sé yo cuantas cosas más, se me ha rogado que terminen nuestras relaciones.
Bed. ¡Ah, hipócrita!... ¿Y tú qué has dicho?
Paq. No sabes cuánto he llorado. ¿Pero qué iba a decir, que sacrificaba mi felicidad al bien de los demás? He dicho que sí. Soy una mujer digna. Ya me conoces.
Bed. (Exaltado.) ¡Ah, todo esto es obra de ese hipócrita!
Paq. Eso no, Pepe, yo te juro...
Bed. Obra de ese tartufo indecente. Ha visto tus retratos, le has gustado, y con el pretexto

de mi redención, te llama, te enternece... te pone ante las narices su caja de hierro.

Paq. Pepe, que mi dignidad...

Bed. No me digas tonterías, que estoy hablando en serio. Sé lo que me digo. Te ha llamado para deslumbrarte; y tú, conmovida... ¡te estoy oyendo! Has abierto el folletín por la página más peripatética, y le has largado el cuentecito ese «Del bizarro jefe injustamente expulsado del ejército.» «La pobrecita madre.» «Las noches sin pan.» «Las mañanas sin desayuno.» «Las tardes sin... lo que sea.» «Mi educación, yo no estoy acostumbrada a estas cosas...» Y en fin, toda esa literatura cursi que dominas como nadie. ¡Muy bien!

Paq. Te he oído con una paciencia impropia de mi carácter Ya lo sabes. Si estuviéramos en casa... (Amenazadora.)

Bed. ¡Perfectamente! Tú y yo hemos concluído. En estos casos la menor indicación es una sentencia definitiva. Pero hemos concluído nosotros. El señor del margen y yo empezaremos ahora la bulla. Voy a ver si hago en serio una cosa en este mundo.

Paq. Pepe, no te pongas formal, que me das miedo. Que ese señor...

Bed. ¡Basta! ¡Vete, Paquita!

Paq. Me voy, pero júrame...

Bed. Tú y yo hemos concluído...

Paq. Estás loco. (Vase airada por la derecha.)

Bed. Perfectamente. (Va a su mesa, saca un pliego de papel y se dispone a escribir.)

Comas ¿Pero se conocían ustedes?

Rico ¿Qué ha pasado?

López ¿Qué ha sucedido?

Bed. No, nada, no es nada... asuntos particulares. Os ruego que me dejéis.

López Señor Bedoya ..

Comas Hombre, nosotros...

Bed. Sí, nada, gracias; pero dejadme. (Se retiran a sus sitios. Escribiendo.) «Señor don Pablo García Piernas: Tengo el honor de presentar a usted la dimisión de mi cargo, con carácter irrevocable, por motivos que le detallaré en cuanto me sea aceptada. *José Bedoya.*» Muy bien. (La firma y la dobla.)

Pablo (Sale a su despacho y se sienta.) Realmente es

una muchacha de una educación y de una delicadeza... ¡y con dos hermanitas!... ¡Pobrecillas!

Bed. (Entrando airadamente.) Buenas tardes.

Pablo ¡Caramba qué susto! Podía usted haber pedido permiso.

Bed. Hace un año que me está usted diciendo que no se debe pedir nada a nadie. Empiezo a seguir sus consejos.

Pablo Pero señor Bedoya, ese tono...

Bed. Lea usted eso.

Pablo Ya he dicho que dinero a cuenta no puedo..

Bed. Lea usted eso.

Pablo (Lee.) ¡La dimisión! ¿Pero qué es esto?

Bed. Que esto es la dimisión. ¿Está aceptada?

Pablo Hombre, yo.. Yo preferiría que antes su hijo de usted...

Bed. La aceptación es inaplazable. ¿Está aceptada?

Pablo Si usted se empeña... Está aceptada.

Bed. Bueno, pues ahora de igual a igual. Señor Piernas, es usted un mamarracho.

Pablo Señor mío, esas bromas... (Se levanta.)

Bed. ¿Cómo bromas? Es usted un sinvergüenza.

Pablo ¡Pero está loco!

Bed. Sí, señor, un hipócrita. Que artera y villanamente me quiere suplantar en el afecto de una mujer.

Pablo ¿Pero qué está usted diciendo, insensato? Después que por su bien me sacrifico y me...

Bed. ¡Mentira! No añada a la vileza la cobardía. Los consejos se los he aguantado a usted, porque es una impertinencia a la que estoy tan acostumbrado, que hasta la echo de menos; pero esta canallada, no.

Pablo Señor Bedoya, que está usted en mi casa.

Bed. Ya le sacarán a usted de ella para que yo le mate.

Pablo ¿Pero eso es una provocación? ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa, o le doy un silletazo! (Enarbola una silla.)

Bed. ¡Ah, eso sí que no! (Coge un bastón de los que han regalado a don Pablo y lo desenvaina heróicamente de su funda de papeles.) ¡Si me toca usted, le abro la cabeza!

Pablo ¡Fuera de mi casa, fuera!... ¡Canalla! (Le quiere coger para echarle.)

Bed. ¿A mí, canalla? (Le da un empujón y le sienta en

el sillón de la mesa Luchan brevemente. Caen el frasco de la goma, las papeleras, los timbres, etc.)

Pablo (Apurado.) ¡A mí, señores, que está loco!

(Los dependientes que al oir las voces se han agrupado a la puerta para oir, entran corriendo y los separan.)

Comas ¿Pero qué es esto? ¿Qué sucede?

López ¿Qué pasa?

Pablo ¡Ese hombre... las tintas... las obleas... la goma! ¡Me ha pegado!

Bed. He respondido a una agresión.

Pablo ¡Echarlo de mi casa!

Bed. Ya recibirá usted dos amigos.

López Vamos, señor Bedoya, por Dios.

Comas (A López.) Traiga usted agua.

López Al momento, señor Comas. (Se va y vuelve en seguida con un vaso de agua.) Beba usted, don Pablo

Pablo Gracias, gracias.

ESCENA IX

DICHOS y CARRATALÁ

Car. (Que entra atraído por el escándalo en el despacho de don Pablo.) ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

Bed. Carratalá, tú, me alegro.

Car. ¿Pero qué es esto?

Bed. Nada, vete a buscar a Martínez y os entendéis con dos amigos que designará el señor.

Car. ¡Pero, Pepito!

Bed. A sable, con punta, filo, contrafilo...

Car. ¿Pero qué ha sido?

Comas Pues ha sido, que ese hombre (Por Bedoya.) es un cobarde, que ha levantado la mano a un pobre señor.

Bed. ¿Qué está usted diciendo?

Car. ¿Pero quién es este tipo?

Bed. El tenedor de libros.

Car. Pues déjame a mí. (A Comas.) Planteada una cuestión de honor, el cobarde es el que como usted maltrata a uno de los contendientes.

Comas Usted es un mamarracho y un hambrón, que no tiene ni vergüenza ni qué comer.

Car. Yo no tendré qué comer, pero a mí no me ha faltado nunca un tenedor. (Coge otro de los bastones de regalo y lo desenvaina.) ¡Canalla! ¡Lo mato!

Comas ¿A mí? ¡Granuja! (Coge el hacha del termómetro.)
Pin. ¡Por Dios! (Separándolos.)
López ¡Separarlos, separarlos!
Rico So.. so... socorro.
Pablo ¡Qué escándalo! ¡En mi casa! ¡Comas, por Dios!
Bed. ¡Atízale! ¡atízale!
López ¡Señor Comas, por Dios!
Car. ¡Quitarse, que lo mato!
Pin. ¡Por Dios, el hacha ¡Por Dios, amigo Comas! (Se la quita.)
Comas Salga usted aquí, canalla; pero como yo .. sin armas... sin bastón... pégueme usted con el puño.
Car. ¿Quieres con el puño? Pues con el puño miserable. (Vuelve el bastón y amenaza a Comas con el puño.) ¡Apartarse!
López Señor Comas, señor Comas.
(Gritos. Escándalo monumental; todos dan voces. No se entiende nadie.)
Comas Eso no me lo dice usted en la calle.
Car. A la calle. (Vanse.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PEPE y MATILDE; luego DON DIONISIO y después el ORDENANZA

Pepe (Entrando.) ¿Pero qué escándalo es este?
Mat. ¡Ay! ¿pero qué sucede? ¿Qué es esto?
Pepe ¿Qué es esto, papá?
Bed. Nada, que he castigado severamente a tu suegro.
Mat. ¿A papá? (Corre al despacho.)
Pepe ¿Pero qué has hecho? ¿qué has hecho? (Sigue a Matilde. Bedoya sale tras los combatientes.)
Mat. (A Pablo.) ¡Ay, papá! ¿Pero qué pasa? ¿Qué tienes?
Pepe ¿Pero, papá, qué ha sido?
Pablo Me está muy bien empleado, ¡muy bien empleado! No te acerques, que nos vamos a pegar. Mira cómo estoy de goma.
Pepe ¿Pero qué ha sucedido, por Dios?
Pablo Que tu padre me ha levantado la mano.
Mat. ¿A ti? ¿Lo ves, Pepe, lo estás viendo?
Pepe ¿Pero mi padre a usted?
Pin. Su padre de usted que es un cobarde.

Pepe Oiga usted, poco a poco, señor mío. El derecho de ofender a mi padre, no es seguramente un botarate como usted el que lo tiene.

Mat. ¡Pepe, por Dios!

Pin. Su padre de usted ha cometido aquí una canallada, y el botarate lo será usted.

Pepe Eso no me lo dice usted a mí en la calle. (Coge otro bastón y lo desenvaina.)

Mat. Pepe, ¡por Dios santo!

López Señor Pintado, señor Pintado.

Pin. Eso se lo digo yo a usted en todas partes.

Pablo ¡Por Dios, Pintado! ¡Por Dios, Pepe, calma!

Pepe ¡Imbécil!

Pin. ¡Estúpido!

Pepe ¡Vamos a la calle!

Pin. Donde usted quiera. (Salen corriendo.)

Mat. ¡Pepe, Pepe! ¡Ay, por favor, Pepe!

Pablo ¿Pero estás viendo? ¡El dichoso Bedoya. ¿Estás viendo, hija mía?

Mat. ¡Qué hombre! ¡Qué ruina! ¡Qué torbellino! ¡Qué trastorno por donde pasa! ¡Pepe, Pepe!

Dion. (Entrando.) ¿Qué ha pasado aquí?

Pablo Me está muy bien empleado, muy bien empleado. (Sin hacer caso de don Dionisio.)

Dion. ¿Pero quiere usted decirme, Matildita...?

Mat. ¡Ay, Dios mío!

Dion. ¡Pero, señor! Nada, que me he encontrado en la calle tres o cuatro grupos, vociferando y diciéndose: «Eso no me lo dice usted en los Cuatro caminos.»

Mat. ¡Ay, Dios mío! ¡Pepe, Pepe!

Dion. ¿Pero qué pasa?

Mat. ¡Ay, que se pegan, que se pegan!

Voces (En la calle.) ¡Granuja! ¡Bribón! ¡Canalla! ¡Guardias! ¡Socorro! ¡Cobardes!

Dion. (Aterrado.) ¡Qué horror!... ¡Qué escándalo!... ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Saloncillo elegante en un «music-hall.» Al foro puerta grande de medio punto cubierta por amplias cortinas y que conduce al escenario. En la izquierda, primer término, puerta que conduce al saloncillo. En segundo término otra puerta con un letrero en el que se leerá. «Hermanas Palmeras». En la derecha dos puertas pequeñas: la primera es el cuarto de Paquita Torres, la segunda el de la bella Crí crí. Entre las puertas de la izquierda un piano. Divanes corridos junto a las paredes En el centro un elegante aparato de luz eléctrica. Luces por las paredes. En estas pintados grandes «panós», con asuntos alegres en estilo modernista. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen sentados a la izquierda CONCHA con PEPITO y LUZ con MANOLO. El SEÑOR PEPE observa desde la puerta del foro lo que pasa en el escenario. Se oye en el foro, lejano, el final de un couplet que canta Paquita Torres y un aplauso atronador

Con. (Dejando de hablar bajo con Pepito) ¡Jesús qué atrocidad!

Luz ¡Ya, ya! Es la tercera repetición.

Sr. Pepe (Indignado.) ¡Ropita! ¡To eso es ropita! ¡Er trajecito!.. que hay quien subencione... ¡Mardita sea! El día que sus vista a vosotras *mesié Arcahué*, va a haber aquí más parmas que er domingo de Ramos. (Se pasea nervioso.)

Con. (A Pepito.) No lo niegues, Pepito, lo sé de buena tinta, ayer estuvistes con la *ideal Pompeya,* en la cuarta de Apolo.

Pepito Pero mujer...

Con. Ese era el constipado que tenías...

Pepito Te juro que... (Continúa hablando en voz baja con ella y regañando. Durante el anterior diálogo se ha estado oyendo el piano y el couplet y se escucha otro aplauso.)

Sr. Pepe ¡Tóo eso es ropita, ropita y náa más que ropita!
(Se vuelve a oir cantar.)

Luz (A Manolo.) Bueno, pues si tienes celos te los comes, pero ese muchacho viene por la bella *Crí-crí*, pa que lo sepas.

Man. Eso lo hace para despistar.

Luz ¿Sabes lo que te digo? que a mí no me das tú más disgustos; porque esto de que salga yo a escena con los ojos como tomates, no te lo aguanto, ¡ea!

Man. Pero... (Siguen regañando en voz baja. Se escucha otro aplauso atronador y vivas.)

Sr. Pepe (Indignado) ¡¡Ropita!! *¡La clac!*

ESCENA II

DICHOS, PAQUITA TORRES en traje de cupletista. Detrás DON PABLO, sin sombrero, les sigue una DONCELLA con ramos y cuatro palomas, los rodean IBORRA, CARRATALÁ, que viste saqué elegante, y DON EVELIO. Todos salen por la puerta del foro

Car. ¡Colosal! ¡divina! ¡espléndida!

Evelio ¡Magnífica! ¡Portentosa!

Iborra ¡Qué beneficio! ¡Yo no he conocido como el que usté está teniendo!

Pablo ¡Por Dios, abrígate!

Paq. ¡No, deja, no tengo frío!

Pablo Mira, Paquita, que aquí hay corriente y como acabas tan agitada... ¡Tres repeticiones! ¡Qué mujer! ¡Qué gracia! ¡Qué delirio!

Car. ¡Portentosa! ¡Colosal!

Evelio ¡Estupenda! ¡Magnífica!

Iborra ¡Se la comen, materialmente!

Sr. Pepe (Aparte.) ¡Ropita! ¡Y na más que ropita!

Pablo ¿Han visto ustedes con qué delicadeza ha dicho el final del número?

«Mala puñalá te den
y si no tienes bastante
cuatro tiros en la sién...»

Evelio ¡Inimitable!

Paq. ¡Señores! ¡Por Dios! ¡No es para tanto!

Pablo ¡Por cierto que no se ha oído esa voz que sale todas las noches de la galería cuando la aplauden, diciendo: «Ropita! ¡Todo eso es ropita!»

Paq. Alguno que no le gustaré; al fin y al cabo las artistas no somos monedas de cinco duros.

Iborra ¡Algún canalla envidioso!

Car. ¡Que siempre hay sinvergüenzas! (El señor Pepe, al oir lo que antecede, vase por el foro.)

Paq. Vaya; si quieren ustedes pasar... con su permiso.

Pablo Sí, anda.. porque esta corriente nos da un disgusto el día menos pensado!... ¡Angelita, dela usted el ponche!

(Entran Paquita y la Doncella en su cuarto; seguidas de Iborra y don Evelio.)

ESCENA III

DON PABLO y CARRATALA, al final PEPE

Pablo Bueno, amigo Carratalá, deseo que el beneficio de Paquita sea espléndido; que deje en su memoria perdurable recuerdo.

Car. ¡Lo dejará! La tercera sección será un delirio. El público se disputa los billetes a puñetazos. La contaduría está llena de regalos, joyas, bibelots, preciosidades.

Pablo Sobre todo flores, amigo Carratalá; quiero que el escenario se cubra materialmente de flores... Usted sabe hacer las cosas.

Car. La escena parecerá un verjel. Confíe en mí, don Pablo.

Pablo ¡Que no me repare usted en gastos!

Car. ¡Sé a quien sirvo, don Pablo! ¡Todo deslumbrador, todo suntuoso, todo espléndido!... ¡como digno de un Creso y de una diosa! Ahora, con el permiso de usted, voy a dar mis instrucciones a la *clac*.

Pablo Sí, ande usted, ande usted... (Carratalá medio mutis.) ¡Ah, un momento!.. (Carrata'a vuelve.)

Car. Mande usted.

Pablo ¿Y Pepe, mi yerno, ha venido?

Car. Sí, don José está en el cuarto de la bella Crí-crí.

Pablo ¡Caramba con ese chico!... No sale del cuar-

to de la francesa! Esa asiduidad me hace sospechar...

Car. No, por Dios, mi respetable don Pablo, nada de suposiciones gratuitas; don José, cuya seriedad es tan proverbial, viene como usted sabe, imponiéndose un sacrificio, para impedir por todos los medios el regreso de su padre a este lugar de sus antiguas locuras.. Sino que, claro, se aburría en el escenario, y ahí entra algunos ratos y juega al poker con la francesa y otras artistas.

Pablo ¿Cree usted que es el poker nada más lo que le retiene ahí?

Car. Ah, poker, poker... ¡no juegan a otra cosa!.... poker, exclusivamente poker.

Pablo ¿Y no le ha dicho a usted si tenía noticias de su padre?

Car. Creo que no; al menos no ha dicho una palabra.

Pablo ¡Está bien!... Que me lo prepare usted todo como se lo he ordenado, ¿eh?

Car Apoteósico; ¡va usted a verlo! (Don Pablo entra en el cuarto de Paquita.) ¡Qué lucha estoy sosteniendo!... ¡Ah, si no fuera por mis dotes diplomáticas!... (Llama en el cuarto de Crí-crí.) ¡Don José! ¡Mi respetable don José!...

Pepe (Saliendo.) ¿Qué pasa?

Car. La cajita de bombones que me encargó usted. (Le da los bombones.)

Pepe ¿Ha preguntado por mí don Pablo?

Car. Sí, pero usted siga su partidita... y hasta ahora; estoy abrumado.. noche de beneficio... Artistas... público... clac... Todo sobre mí... ¡Hasta ahora, mi respetable don José!

Pepe ¡Adiós! (Entra en el cuarto.)

(Carratalá mutis por el foro.)

ESCENA IV

IBORRA, DON EVELIO, que salen del cuarto de Paquita. SEÑOR PEPE por el foro

Iborra Bueno, y usted, don Evelio, mientras el intermedio a ver cómo están las *Palmeritas* en su número, ¿eh?

Evelio En seguida, sí, señor.

Iborra Yo voy a ver qué entrada hay para la otra sección. (Vase izquierda.)

Evelio Niñas, tener la bondad, que vamos a ver ese baile que anoche salió medianamente. (Se sienta al piano de espaldas a ellas. Concha y Luz se colocan las castañuelas y se preparan a bailar. Pepito y Manolo las siguen.)

Con. (Sollozando y como si siguiese una conversación.) Es que lo que tú haces conmigo no se hace con nadie.

Pepito ¡Y dale!

Evelio Entráis en esa parte que empieza con un sí natural; ya recordaréis aquello de *sí, sí, sí.*

Luz (A Manolo.) No, no y no.

Man. Pero no seas niña...

Evelio ¿Estamos?

Sr. Pepe Dele usted al teclao.

Evelio Esperar la entrada (Rompe a tocar. Concha y Luz puestas en jarras esperan el momento de entrar, regañando con sus respectivos novios.)

Pepito Pues tienes que convencerte, ¡ea!
(Rompen a bailar.)

Con. ¿Quién, yo? .. ¿Yo?...

Luz Tú a mí; ¿a mí?

Pepito Pero mujer, no te pongas así.

Con. No, si te parece que lo que me haces es para que me ponga a bailar...

Pepito Pero si ya te he dicho...

Luz No te acerques, Manolo...

Pepito Bueno; pues me voy y esto se ha acabado.

Con. Por mi parte acabao. (Deja de bailar y hace mutis a su cuarto.)

Man. Te advierto, que si sigues así, terminamos.

Luz Pues por terminao.
(Hacen mutis.)

Man. Oye, Luz...

Pepito Déjala, ya se les pasará.
(Hacen mutis primera izquierda.)

Evelio Niñas, al final.

Sr. Pepe No martirice el instrumento, que es inútil.

Evelio (Dejando de tocar.) ¿Qué pasa?

Sr. Pepe Na, lo de siempre; que estoy más harto de *noviajos* .. hasta que me dé por usar de mis prerrogativas y oponga mi veto.

Evelio Sí que es una lástima; porque con lo que valen sus chicas...

Sr. Pepe ¿Que si valen?... ¿Y la afición que tienen?...

Evelio ¡Una afición loca! ¡Se las ve!

Sr. Pepe En cambio eso de ahí... (Señala al cuarto de Paquita.) ¡Ropita!

Evelio (Asustado.) ¡Chist!... Por Dios, mi apreciable don José, no insista, que con los garbanzos no quiero *chanzonetas*...

Sr. Pepe Que hay quien subencione, pero méritos, ¿de dónde?

Evelio Silencio, don José, que todo repercute y no me gustaría verme con el puchero a la altura de un biplano. Tiene mucha influencia esa niña y...

Sr. Pepe La *subención*, créame usted a mí; antes el señor Iborra era el verdadero empresario, ér disponía, ér mandaba, *cetra... cetra...* Pero desde que se menudearon las visitas de ese señor Piernas, el *Salón Escarlata* no es lo que era ni con mucho. Mis niñas, que eran el *clú* de la noche, han pasao a la tercera sección. Han puesto de *regiseure* a ese señor Carratalá, han cambiao de *claque*, y tan mientras la niña esa va pa arriba... a subí como la espuma...

Evelio Y qué quiere usted, esa es la vida.

Sr. Pepe Además, a mí me ha dicho el novio de mi hija Conchita, no éste de ahora ni el rubio de la semana pasá... sino uno moreno, alto, de bigote...

Evelio ¿El abogao?

Sr. Pepe No, el otro antes del teniente de caballería... Bueno, pues ese me ha dicho que la semana pasá ha firmao esa niña la escritura de una casita en el Escorial pa pasá los veranos. ¿Eh? ¿Hay quien *subencione* o no hay quien *subencione?*

Evelio Sí, en el fondo... Vaya, con su permiso, voy a ver si empezamos. (Mutis foro.)

ESCENA V

CARRATALA por el foro se dirige a la puerta del cuarto de Crí Crí. PEPE

Car. (Con una carta.) Don José, mi respetable don José.

Pepe (Saliendo.) ¿Qué pasa?

Car. No, nada... Esta carta... La ha traído la chi-

ca de su casa con especial indicación de que la entregue en seguida, que era urgente.

Pepe ¡La chica de casa!

Car. La pobre venía agitadísima; ha debido darse una carrera; yo me he permitido darle cuatro pesetas... como era urgente.

Pepe Ha hecho usted bien; tome usted. (Dándole cuatro pesetas.)

Car. Hombre, no era urgente

Pepe (Que ha abierto la carta y figura que la lee.) ¡Dios mío! ¡Pero este padre!

Car. ¿Ocurre algo?

Pepe ¿Que si ocurre? Gravísimo, amigo Carratalá. ¿Está ahí mi suegro?... Pero no, no es prudente en una noche como esta... Intentaré yo mismo ver si doy con él.. Sí, es lo mejor... Hasta ahora.

Car. ¿Pero se trata de su papá de usted?

Pepe Sí, de mi padre, y Dios quiera que no tengamos algo muy grave que lamentar. (Mutis primera izquierda.)

Car. ¡Demonio! Este don Pepito me pone en cuidado.. ¿Qué le habrá pasado a Bedoya? En fin, lo que sea sonará.

ESCENA VI

DICHOS y MADAME CRI-CRI

Cri (Asomando la cabeza por la puerta del cuarto.) ¡Pepito! ¿No estag mesié Pepito?

Car. Don Pepito salió a un recado urgente, pero si usted quiere algo, ya sabe que me tiene a su disposición.

Cri ¡Vaya si quiego! ¡Estoy muy disgustada con usted!

Car. ¡Conmigo! ¡Por Dios, mi encantadora parisina, de qué me puede usted a mí tachar, culpar, vituperar!...

Cri Si a usted no precisamente, a la *clac;* aquí *paguece* que no hay aplausos más que para la *Togues.*

Sr. Pepe ¡Ropita!

Car. ¡Por Dios, mi apreciable señor Pepe, que usted la tiene tomada con las lentejuelas y no lleva usted razón. (A ella.) ¿No ha repetido el número Madame?

Cri Oui, oui.

Car. ¿No lo ha bisado en medio de una tempestad de aplausos?

Cri Oui, oui

Car. ¿Entonces?

Cri Es que desde hace unos días está el *publig* muy grosego. En particulag en la última sección me piden el coman sapel .. me piden el molinito. ¡Olalá! ¡A una artista como yo pedirle molinitos!

Sr. Pepe No haga usted caso. A mis niñas muchas noches les hacen el chucho y como si no.

Cri ¿Qué cosa dicen que las hacen?

Car. El chucho.

Cri ¿Coman?

Sr. Pepe El chucho.

Cri ¿Coman?

Sr. Pepe (Ladrando.) Gua, gua.

Cri ¡Ah! oui, oui.

Sr. Pepe No; gua, gua.

Cri Compri, compri.

Car. Nada, mi distinguida transpirenáica; pierda usted cuidado que yo arreglaré todo eso; ahora, con su permiso, voy a dar unas instrucciones a los acomodadores para que pasen los ramos al final de esta sección.

Cri Y cuando vuelva Pepito, dígale que *quiego* hablarle. (Mutis a su cuarto.)

Car. Será usted servida. (Mutis foro.)

Sr. Pepe Y yo voy a ver cómo andan mis niñas. (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA VII

PAQUITA y DON PABLO; poco despues AVISADOR y CARRATALA

Pablo (Saliendo con un retrato, ampliación de Bedoya, de tamaño regular para que el público lo vea bien.) Será una tontería, pero a mí me molesta ver este retrato en el testero principal de tu camerino.

Paq. Pero si ya te dije que lo iba a quitar.

Pablo Lo ibas a quitar, pero no lo has quitado; parece que te complaces en que sufra yo forzosamente la mirada burlona de esta galvanotipia (Lo coloca encima del piano de modo que se vea bien por todo el público.)

Paq. ¿Pero será capaz de tener celos de un retrato?

Pablo Paquita, no hagas suposiciones que me ofenden. ¿Cómo voy a tener celos de un hombre que, afortunadamente para todos, está encerrado en una casa de salud; de un hombre que hasta su mismo hijo convino conmigo en que tenía desequilibradas sus facultades mentales?

Paq. No, la verdad que lo que hizo últimamente...

Pablo Obra de un loco, y sólo de un loco: aquel puñetazo que le dió en las narices a Carratalá enfrente del Banco, obra de un loco, aquel puntapié que me dió a mí en el Aereoclub, obra de un loco. Además, sus constantes excitaciones nerviosas; aquellas exaltaciones que no había medio de combatir me hicieron temer una desgracia; por eso, de acuerdo con Pepito, lo encerramos en una casa de salud donde está en observación y quiera Dios que la ciencia no confirme mis pronósticos.

Paq. ¿Y qué piensas hacer con el retrato?

Pablo Ahora lo verás. (Llamando.) Avisador.

Avis. (Saliendo foro.) ¿Desea usted algo, don Pablo?

Pablo Busque al señor Carratalá y dígale que venga en seguida.

Avis. Está bien. (Mutis.)

Pablo Este retrato lo voy a mandar a casa de Pepito; es el sitio que le corresponde... Carratalá se encargará de llevarlo...

Paq. Y a propósito de Carratalá, no te olvides de decirle que estoy muy molesta con él.

Pablo Descuida, ese es otro de los asuntos que tengo en mi orden del día.

Car. (Entrando.) Mi queridísimo don Pablo; ¿ha tenido usted a bien necesitar de mis humildes servicios? Usted dirá en qué puedo serle útil.

Pablo En primer lugar, cuando tenga usted un momento libre, lleve usted esa ampliación a casa de mi yerno.

Car. ¡Hombre! mi cariñoso amigo Pepito.

Pablo Y en segundo lugar, ésta se siente molesta con usted.

Car. ¡Paquita! ¡Paquita de mi alma!, lo dice usted

en broma o... ¿en qué he podido yo influir, incurrir, delinquir?...

Paq. No, si es la *clac*, la *clac*, que la tiene usted pésimamente organizada.

Car. ¿Pues qué ha sucedido? ¿No ha repetido usted el *couplet* tres veces?

Paq. Sí, claro; pero...

Car. ¿No la han echado a usted dos ramos y cinco palomas?

Paq. Cuatro.

Car. ¡Ya se la ha comido!

Pablo ¿Quién?

Car. El conserje, que en cuanto ve una paloma descabalada la estofa.

Pablo ¡Pues se le planta en la calle!

Car. ¿Y no ha salido usted a escena al final de la sección cuatro veces?

Paq. Sí...

Car. ¿Entonces?...

Paq. Pero si no es eso; lo mío está bien y quizá es demasiado... Lo que verdaderamente me molesta es que aplaudan con tanta exageración a esa francesa, a la bella Cri-Crí.

Pablo Naturalmente. ¿Y por qué aplauden a la Cri Crí?

Car. Ah, ¿pero es que han aplaudido a la Cri Crí, a ese grillo?

Paq. Una ovación al terminar su número.

Pablo Dice que una ovación.

Car. ¡Qué raro.

Paq. Es que esa francesa trae loco desde el empresario a usted.

Car. A mí, por Dios, Faquita... Yo con artistas no tengo otro trato que aquel que por mi cargo...

Pablo Basta; dígale usted a Iborra que mañana o no trabaja la Cri-Crí o no hay un cuarto más

Car. Está bien; la Cri-Crí se va, pero no se va sola.. Avisador.

Avis. (Saliendo. Don Próspero.

Car. Tráigame al jefe de la *clac;* las cosas así, en caliente.

(El Avisador hace mutis primeraiz quierda.)

Paq. ¿Pero qué va usted a hacer?

Car. A despedirlo.

Pablo Pues Rico siempre ha sido un muchacho muy sensato y muy fiel.

Car. Sí; pero me está molestando a mí el tartamudito ese.

Paq. Tiene algo de razón, no creas. Las voces del *couplet* no las dan ninguna noche a tiempo.

ESCENA VIII

DICHOS y RICO

Rico (Saliendo por la izquierda.) Herre... herre... herre...

Car. Pase, pase.

Rico He recibido un recado pa... pa... pa... pa... para que me presente aquí.

Car. ¿Qué pasa en la *clac?*

Rico Na... na. nada, que yo se... sepa.

Car. ¿Ha faltado alguno esta noche?

Rico Me ha faltado un muchacho de barba... de barba...

Pablo ¿De barba negra?

Rico Sí, señor. Y otro de Vigo... de Vigo.

Car. De bigote.

Rico De Vigo nada más Y los he despedido.

Car. Bueno; y ese que le tiene que decir a la señorita Torres al final del número *¡Me la comía!* ¿Por que no se lo ha dicho?

Rico Porque se ha ido a comer.

Paq. Mucho peor ha sido lo del rubito que me dice desde las butacas: *¡Ay, mi niña!*

Pablo ¿Pues qué ha pasado con el rubito?

Paq. Que ha dicho ¡Ay, mi niña! de un modo que parecía que se le acababa de caer por la escalera.

Pablo Para no decir las cosas con gracia, con donaire... ¡Ay, mi niña!. Más vale que las huestes de usted se limiten a la mera salva.

Rico Pe... pe... pe. . pe.

Car. Ya lo oye usted, Rico de mi alma, yo lo siento mucho, pero de seguir así me veré en el caso de eliminarle.

Rico Pe... pe... pe. .

Pablo Vaya usted y procure corregir esas deficiencias, y sobre todo sea usted puntual.

Rico Seré pun... pun.. seré puntual. (Mutis foro.)

Car. Ya lo ve usted, tengo yo que estar en todo, y en cuanto me descuido...

ESCENA IX

DICHOS y PEPE BEDOYA (hijo), primera izquierda

Pepe (Entrando.) Buenas noches, papá.

Pablo ¡Pepito!

Pepe ¡Vengo reventado; este padre... qué disgusto!

Pablo ¿Tu padre? Acaso mis presentimientos; el síntoma que esperaba... ¿Se ha presentado?

Pepe Al contrario, ha desaparecido.

Car. Menos mal.

Pepe Ha desaparecido de la Casa de Salud esta madrugada.

Pablo ¿Cómo?

Pepe Lo que usted oye; el director del establecimiento me ha escrito urgentemente dándome la noticia; cree que ha debido saltar las tapias del jardín aprovechando las primeras horas de la madrugada.

Pablo ¡Horrible!

Pepe Horrible, sí, papá, horrible; porque además me indica veladamente, como suelen indicarse estas cosas, que el resultado de la observación no es todo lo satisfactorio que esperábamos... que se pasaba el día probando palos contra los árboles del jardín... que el sueño era intranquilo y en él dejaba escapar frases incoherentes, nombres .. Don Pablo .. Carratalá .. Encina con barra de hierro... una *browing*..

Car. (Asustado.) No diría una broma... Sí, porque en sueños se pronuncia mal y...

Pablo Aquí lo que tiene importancia no es lo que haya dicho, sino lo que vaya a hacer.

Paq. Y que al huir, alguna intención tendrá.

Pepe Además, y esto es lo más doloroso, hasta en aquella casa ha dejado una huella vergonzosa de su paso: al conserje le debe cuatro pesetas de barajas, a la que le hacía la cama le hacía el amor.

Car ¡El mismo de siempre!

Pablo ¡Qué hombre!

Pepe Figúrese usted el disgusto cuando llegó a casa la noticia: Matilde no ha comido; ha

telefoneado a su casa, y un dependiente le ha contestado que estaba usted en una operación bursátil, entonces se decidió a enviarme la carta, que yo no quise enseñarle antes por no amargar su satisfacción. Confiaba en encontrarlo, pero por más que he corrido los puntos que él solía frecuentar, todo ha sido iuútil; figúrese usted cómo estaré.

Pablo Verdaderamente la huída de tu padre puede tener consecuencias funestas.

Pepe ¿Usted cree?

Pablo Yo, Pepito de mi alma, lo creo todo. Tu padre es un impulsivo, y como lo que tanto en Carratalá como en mí es consideración, él lo cree miedo, me temo, qué sé yo... que llegue al alentado personal... Atentado a mí, atentado a usted... (Por Csrratalá.) Atentado a Paquita.

Pepe Sin embargo, a usted lo respeta.

Pablo Me respetaba; pero desde que surgió aquel incidente de la oficina, ya viste después que no me dejaba vivir; insultos de viva voz, insultos por correo, insultos por teléfono, insultos por señas; cierto que yo a sus ojos estaba haciendo un papel muy inferior al de Napoleón el Grande; pero como acabo de decirte, más que miedo era consideración a ser tu padre.

Pepe ¿Y qué le parece a usted que debo hacer?

Pablo Pues lo primero que debes hacer es no irte, por si viniera aquí. Tu presencia puede influir mucho en las ideas que traiga.

Car. Sí, eso es lo mejor.

Paq. Lo más acertado.

Pablo Y si no viniese, ya pensaremos un plan cualquiera.

Pepe Bien, acepto el sacrificio. Me quedaré aquí.

Car. A propósito. La Cri-Crí me suplicó que cuando volviese pasase a su cuarto un momento...

Pepe ¿La Cri-Crí? ¡Ah, sí, una consulta profesional!... Con su permiso: voy un momento.

Paq. Usted lo tiene.

(Mutis Pepe segunda derecha.)

ESCENA X

DICHOS menos PEPE

Pablo (Paseando preocupado.) ¡Horrible, horrible!

Paq. Y tan horrible.

Pablo No quiero pensar... si se presentase ahora ese hombre... ¡el escándalo!

Paq. Y si uo fuera más que el escándalo.. Pero yo, a qué lo voy a ocultar, yo tengo miedo, mucho miedo.

Pablo Sí, hija, sí, lo comprendo; tú, al fin y al cabo, eres mujer, y no es extraño que lo tengas... Nosotros.. ya varía. Nosotros tememos más al escándalo que a la acometividad de ese desdichado. ¿No es esto, amigo Carratalá?

Car. ¡Ah! Desde luego. Yo lo que temo es el escándalo, y nada más que el escándalo. ¡Conoceré yo a Bedoya! ¡Sabré yo que es un blanco!

Pablo Será todo lo blanco que usted quiera; pero este ojo me lo puso negro el día de la cuestión última en el restaurant.

Car. Porque no estaba yo allí.

Pablo No estaba usted allí porque le había echado por una ventana minutos antes.

Car. No, señor, que salté yo, precisamente por eso, por evitar el escándalo.

Pablo Nada de optimismo, amigo Carratalá; la situación es grave, y en este caso hay que proceder con energía, dar lo que vulgarmente se dice la cara.

Car. Conforme, sí, señor, conforme.

Pablo (Sacando el reloj.) ¿Está en la puerta mi automóvil?

Paq. ¿Por qué lo preguntas?

Pablo Porque ahora he recordado que... justo, sí, las diez y cuarto... clareando el día puedo estar en San Sebastián.

Paq. ¡Marcharte!

Pablo Un asunto gravísimo del corresponsal de la casa.. Se me olvidó decírtelo. Pero aquí queda Carratalá, y en el caso de que se presentase ese desdichado, puede parar el primer golpe.

Paq. ¡Imposible! Tú no debes dejarme en esta ocasión. La noche de mi beneficio.

Car. Lleva razón Paquita. Ya ve usted, yo iba a pedirle que me dejase en Valladolid, donde me esperan para un asunto urgente, y sin embargo...

Pablo De todas maneras usted ha de ser el primero que le hable; usted lo trata desde la niñez, ha sido siempre su compañero.

Car. Pues por eso no debo ser yo el primero, porque, digámoslo todo, mi querido don Pablo; Pepito es, efectivamente, amigo mío de la niñez, ha interpretado mal esta acción mía de unirme a ustedes desinteresadamente para ayudarles a salvarlo, y creyéndome un traidor como me cree, es natural que al verme frente a frente me insulte y yo... yo me conozco, no puedo dominar como quisiera los impulsos de un temperamento vehemente, y sé que a la primer injuria le doy un cachete, y ¡hágase usted cargo, don Pablo! es mucho pedir que una mano honrada castigue la mejilla de un compañero de la infancia,,. Suplico, por tanto, a su preclara hidalguía que me releve de este doloroso riesgo. ¡No quisiera tener que pegarle!

Pablo O viceversa.

Car ¿Cómo o viceversa?

Pablo O viceversa, sí, señor.

Car. Está bien. ¿Duda usted de mí? Pues basta, me quedaré aquí. Por mi parte ya puede venir cuando quiera, en este momento, ahora mismo, que entre.

ESCENA XI

DICHOS, el SEÑOR PEPE, que entra por la segunda izquierda, dando golpes con el bastón en el suelo marcando una malagueña

Sr. Pepe ¡Ay... y... y...! (Don Pablo, Carratalá y Paquita dan un grito de sorpresa y se reponen en seguida al ver señor Pepe.) Camará, qué lleno hay pa ésta.

Pablo Este Palmera padre es de una oportunidad molesta.

Sr. Pepe Se ha vendido hasta la silla er bombero.

Pablo (A Carratalá.) Bueno, quedamos en que usted no se mueve de aquí por ahora.

Car. Como si hubiera echado raíces.

Pablo Pues yo estoy en el cuarto de Paquita, y cuando salga Pepito me avisa usted. Vamos.

Paq. Supongo que no te irás a San Sebastián.

Pablo ¡Qué voy a hacer! En este caso hay que dar, como vulgarmente se dice, la cara.

(Entran en la primera derecha.)

ESCENA XII

CARRATALÁ y SEÑOR PEPE

Sr. Pepe (Reparando en la ampliación.) Hombre, gracias a Dios Este debe ser el tirador ese que no falla un tiro...

Car. Sí...

Sr. Pepe ¿Y cuándo debuta por fin?

Car. Puede que debute esta noche.

Sr. Pepe ¡Esta noche! ¿Sin estar anunciao? No me tome usté el pelo, amigo Carratalá.

Car. Es que ese, mi distinguido señor Pepe, no es el tirador que esperamos.

Sr. Pepe ¡Cómo! ¿No es éste el fenómeno ese que dicen que va a traer aquí la gente a patadas?

Car. No; éste es el que la va a echar a patadas.

Sr. Pepe ¿Echarla?

Car. Y Dios quiera que quede en eso; porque ese que ve usted ahí es un amigo mío de la niñez, que el pobre se ha vuelto loco.

Sr. Pepe ¡Pobrecillo! Y es muy simpático.

Car. Mucho; pero como se decida a venir aquí, nos da la noche a todos; figúrese usted que se ha escapado esta mañana de la casa de salud donde estaba encerrado.

Sr. Pepe ¿Este?

Car. Ese señor, ese.

Sr. Pepe ¿Y usted cree que le dará por venir aquí?

Car. Mucho me lo temo.

Sr. Pepe Pues sí que es una gracia; porque a mí deme usted un hombre, por muy bravo que sea, que esté en su juicio cabal, pero no me dé usted un chiflao, que le alarga osté la mano y no sabe osté si es pa saludarle o pa darle en un vacío.

Car. Por si acaso póngase usted en el vacío.

ESCENA XIII

DICHOS y ADELFA, entrando por la primera izquierda, precedida de un ACOMODADOR

Adelfa (Entrando azorada, convulsa.) ¡Ay, señor Carratalá!... ¡Ay, señor Carratalá de mi vida!

Car. ¡Adelfa! ¿Usted por aquí?

Adelfa Yo, yo misma,.. y mire usted cómo... Trémula, pálida, convulsa.

Car. ¿Pero qué le ha pasado a usted?

Adelfa ¡Si no puedo creerlo! ¡Si esto ha sido un sueño, un delirio!... ¡Oh, que aspecto de fiereza, de extravío, de locura, en aquella faz antes tan fascinadora, tan bonancible! ¡Ay, amigo Carratalá!.. Sí, que me den algo... Azahar, tila, un emparedado... cualquier cosa... ¡de jamón si es posible!... ¡¡Ah!!

Car. ¿Pero a qué se refiere usted?. . ¿Acaso a Pepito?

Adelfa ¡A Pepito!... ¡A Pepito, sí!... ¡Ah, qué aspecto de hiperclorhídrico!... ¿Y su amenaza? ¡Oh, su amenaza!

Car. ¡Pero, por Dios, compadézcase usted de mi impaciencia! ¿Qué ha ocurrido?

Adelfa Ah, sí, sí. Voy, voy. Pues verá usted la tragedia... porque de tal se puede denominar esto que me ha sucedido a mí. Calcule usted, amigo Carratalá, que esta noche a primera hora de la misma discurría yo por la Puerta del Sol. Ya sabe usted que yo discurro poco por los sitios céntricos, desde que perdí mis ilusiones; iba, deslumbrada, abstraída, cuando en esto... doy un grito en voz baja... ¡¡El!!... exclamo.

Car. ¿Y quién era él?

Adelfa ¡¡El!!... ¡El, para mí, no puede ser más que uno: ¡Pepito!... ¡Era él, sí! Le conocí entre ciento.

Car. ¿Y qué?

Adelfa Como yo le creía en la casa de salud, mi sorpresa fué espantosa, ¡no daba crédito a mis ojos! ¿Pero no está recluído, me dije?...

Car. Eso creímos todos... ¿y qué?

Adelfa Nada, que le vi... ¿y a qué negarlo? .. Un pequeño brote de aquel amor perdido rever-

deció en mi alma... Le seguí... le vi dar dos vueltas por la Puerta del Sol, subirse la Montera y pararse en los escaparates, dando preferencia a las corseterías. Llegó a la Red de San Luis, y allí, no pudiendo dominar mi impulso amante, lo abordé. ¡Pepito, Pepito de mi vida!... ¿Cómo vas de tu enajenación?—le dije ¡Aun te amo! ¡Sí!...—exclamé.

Car. ¿Y él que hizo?

Adelfa Pues él... callóse, miróme fijamente... cogióme del brazo... y yo dije: me está mirando como se mira la memoria de un bien perdido, ya remota... ¡Pero, qué remota ni qué narices! Soltó una carcajada sarcástica, me hizo girar sobre mí misma y me congeló con este apóstrofe: «Déjame en paz, estafermo.»

Car. ¡Está loco!

Adelfa ¡Cómo loco! ¡Dementísimo! ¡Pero, amigo Carratalá, al pronto no me hice cargo; aquella blasfemia a mi lozana juventud, recrudeció mis antiguos rencores... y frenética exigí a Pepito el pago inmediato de las quinientas pesetas que me adeuda!

Car. (¡Atiza!)

Adelfa Oir que me debía quinientas pesetas y darme un pescozón que me hizo perder el juego de peinas, amén de los *bis bises*, fué obra de un segundo. Y gritaba: «¡Deberte yo quinientas pesetas, cuando hace un mes que se las entregué a Carratalá!...»

Car. ¿A mí? ¡Jesús! ¡Qué desvarío!... ¿Que me entregó a mí las quinientas pesetas? ¡Bueno, ve usted, todo eso es anemia lumbar!

Adelfa ¡Dile, dile -gritaba—, dile a ese miserable que te las dé, que en sus manos las puse para que te fueran reintegradas!

Car. ¡Pero qué lástima de cerebros, como se perturban!.. ¿De manera que...? (¡Caray qué complicación!)

Adelfa Supongo, amigo Carratalá, que será cierta esa infamia.

Car. Adelfita, cincuenta años de hombría de bien, no pueden empañarse por la acusación neuro histérica de un alienado.

Adelfa Porque si eso fuera cierto, sería, sería, amigo Carratalá, para que yo hiciese con usted...

Car. ¿Pero quiere usted callar? ¿Y en qué paró aquello?

Adelfa Pues aquello no puede decirse que paró... porque la danza que nos tragimos fué horrible. A Pepito le dió una convulsión, a mi otra; cuando volvimos en nosotros, con mirada febril, con voz trémula, me dijo estas palabras que vibraban como el acero martillado: «Adelfa, te he pagado. Lo juro, Carratalá se gastó el dinero por lo visto.»

Car. Puramente encefálico... trastorno encefálico.

Adelfa «Pierde la esperanza, el dinero no podrá devolvértelo Carratalá, si no te lo paga esta noche antes de las diez y media.» Yo dije: «¿Por qué?», y me gritó: «¡Porque a las once menos cuarto, su alma gozará del descanso eterno!»

Car. ¡Rerre. . recaramba!

Adelfa Y yo me dije... pues no pierdo tiempo; vi en la Puerta del Sol que eran las diez y veinte y aquí he venido a saber la verdad... y a prevenirle a usted. Pepito viene aquí... Sálvense ustedes. Mucho siento las quinientas pesetas, pero me interesa más la vida de un semejante.

Sr. Pepe (Aparte a Carratalá.) Oigasté, er gachó ese del juego de peinas es éste. (Por la ampliación.)

Car. ¡Ese!

Sr. Pepe Camará con er tío.

ESCENA XIV

DICHOS, IBORRA; después DON PABLO, PAQUITA, la DONCELLA CRI-CRI y PEPE

Iborra (Entra por el foro.) Vamos, Carratalá, Paquita, que va a empezar la sección... Cuídese de los ramos y los regalos; que los pasen todos al final del couplet. ¡Cri-Cri, ¡Paquita, que empezamos!

Paq. (Saliendo.) ¿Está lleno?

Iborra ¡Cómo lleno! Con copete.

Adelfa Amigo Próspero, ¿por qué no me hace usted un hueco, aunque sea entre bastidores? Me gustaría solazar el espíritu afligido por la triste ocurrencia y ..

Car. Venga usted conmigo; veremos a ver si puedo colocarla.

Pablo Ten cuidado, que en el escenario corre mucho aire.

Iborra Vamos á empezar. (Dando palmadas. Mutis todos por el foro, el señor Pepe por la segunda izquierda. Pausa. Se oye tocar la orquesta en el foro y un aplauso inmenso y voces de: «¡Bravo! ¡Bravo!»)

ESCENA XV

BEDOYA, entra por la puerta primera de la izquierda. Trae un bastón grueso en la mano

Sí. ¡Bravo, bravo! Así que me vean se acabaron los bravos. (Empieza oirse el garrotín piano, para que no se pierda el monólogo de Bedoya.) Las quince duchas que me han largado a mí para tantearme el sistema nervioso y el régimen vegetariano que, unido a la hidroterapia, me han hecho perder las ligeras ondulaciones que me adornaban, me las pagan; ellos me han echado de aquí, yo vengo a echarlos. Ojo por ojo, diente por diente, y en cuanto a Carratalá, muela por muela. (Se oyen más acentuados los aplausos.) Duro... ¿a ver? (Escucha.) Sí, dieciocho pesetas. Conozco estas ovaciones, las he pagado muchas veces. Ahora le dirán desde la galería: «Viva tu madre». (Se oye dentro una voz que dice: «¡viva tu madre!» ¡Dos pesetas más! Total, veinte. (Se escuchan los últimos compases del garrotín.) ¡Demonio, mi retrato! ¿Quién me habrá sustituído en el testero? (Cesa la música y suena un aplauso enorme.) Ya ha terminado. (Se esconde en la primera izquierda.)

ESCENA XVI

PAQUITA trae un ramo de flores. DON PABLO detrás con dos ramos más. ADELFA con estuche de cuchichos de plata. CARRATALÁ una caja. Cuatro ACOMODADORES con cestas de flores. RICO con una corona. CRI CRI y PEPE Todos salen muy alegres y entusiasmados

Pablo ¡Qué beneficio!

Adelfa ¡Esto es un bazar!

Car. ¡Qué de flores!

Paq. ¡Gracias, gracias a todos!

(Llegan hasta la puerta del cuarto, y al ir a entrar aparece Bedoya.)

Bed. Buenas noches.

(Todos dan un grito. Paquita y Adelfa tiran los ramos y salen huyendo al cuarto de Paquita; Cri-Cri, Pepe y don Pablo, por el cuarto de Cri Cri; Rico, Carratalá y los Acomodadores, por el foro. Todo esto muy rápido. Gran pausa.)

Bed. (Mirando las coronas, flores y demás regalos.) *Sic transit gloria mundi.* ¡No esperaba yo producir un pánico de este calibre! Mejor. Esto me ayuda a realizar mi plan con entero éxito. Alguno saldrá. Yo no me voy de aquí sin tener el honor de saludarlos otra vez. Esperaremos.

(Salen de su cuarto el señor Pepe, Concha y Luz.)

Sr. Pepe ¿Qué ha pasado aquí?

Con. Yo he sentido gritos.

Luz Y carreras.

Con. Y mirar cómo está el suelo.

Sr. Pepe (A Bedoya.) Buenas noches.

Bed. Servidor.

Sr. Pepe ¿Usted sabe por lo que...?

(El señor Pepe se fija en Bedoya, vuelve la cara y mira la ampliación; la compara con Bedoya; mira los objetos que hay en el suelo; vuelve a mirar la ampliación y a Bedoya; llama por señas a Concha y le habla al oído. Concha comparece también y llama a Luz y le habla al oído; ésta repite el juego anterior, y los tres, pausadamente y sin perder de vista a Bedoya, van retrocediendo hasta que llegan cerca de la puerta izquierda, entran precipitadamente y cierran.)

ESCENA FINAL

BEDOYA, un CAMARERO, RICO, IBORRA, CARRATALÁ, PEPE, DON PABLO, PAQUITA y ADELFA. Van saliendo á su tiempo

Bed. No les he gustado; por lo visto esta familia está advertida del peligro de mi presencia.

Cam. (Saliendo del foro.) ¡Caramba!... ¡Flores, cajas, regalos... todo por el suelo! ¿Qué es esto?

Bed. *Sic transit gloria mundi.*

Cam. Pa servir a usted. (Este francés lo deben haber contratado hoy.) (Llama en el cuarto de Cri-Cri.) Señora... Madame .. le café olé.

Bed. No se moleste usted, bilingüe Camarero, esa señora ha salido.

Cam. ¿Que ha salido?

Bed. Ha salido huyendo de aquí en una forma que no creo que abra por ahora.

Cam. Pues sí que me choca. (Llama en la izquierda.) Señor Pepe... señor Pepe...

Bed. No insista, discreto mozo; mientras yo esté aquí no sale nadie... Si quiere usted que nos lo tomemos puede usted servirlo; yo pago por semanas vencidas, de manera que...

Cam. ¡Pues tiene gracia, después que me avisan! (Mutis por el foro.)

Bed. No quiere que nos lo tomemos. (Sale Rico por el foro.)

Rico Pepe.. Pepe...

Bed. A mí me llama usted don José, ¿estamos, señor Rico?

Rico No, si iba a dede... a decir que Pepe... pero, ¿qué ha pasado aquí? Don José. Las canas... canastillas... por el suelo... todo despa... pa... parramado ¿Qué es esto?

Bed. (Sigamos la farsa) Pues que vengo a cobrarme de una traición villana, y usted qne es el primer traidor, va a pagar... (Le apunta con un revólver.)

Rico (Huyendo.) ¡So. . socorro! ..

Bed. ¡Pobre chico! Uno que se borra de la *clac*. Ya irán saliendo.

Iborra (Asomándose por el foro con un miedo terrible.) Señor mío...

Bed. (¡Otro!)

Iborra ¡Señor mío!

Bed. ¿Quién?

Iborra Ruego a usted, a las buenas, que tenga la bondad de marcharse.

Bed. ¿Con quién hablo?

Iborra Habla usted con el empresario, ¿estamos? Y esta es mi casa y no consiento que nadie venga aquí y me arme tracamundanas, ¿estamos? Conque aire... y váyaseme de seguida, ¿eh?

Bed. Venga usted a echarme si se atreve, ¡miserable! (Le enseña el revólver.)

Iborra ¡Oiga... oiga!... Hágame el favor de no encañonarme, que no quiero juguecas, ¿eh?..., y ruego que se vaya o aviso a la policía.

Bed. No; no me voy hasta que venga Carratalá.

Iborra Al señor Carratalá le están poniendo sinapismos.

Bed. Pues que me lo traigan sinapismado y todo. Tráigame usted a ese hombre, déjelo usted conmigo dos minutos y yo prometo marcharme sin hacer daño a nadie.

Iborra ¿Lo dice usted de veras?

Bed. Palabra de caballero.

Iborra ¿Si le traigo a Carratalá se marcha usted?

Bed. En seguida.

Iborra ¡Pues se lo traigo aunqne sea a la rastra palabra! (Vase.)

Bed. Sí, porque como no venga ese miserable no hay forma de que yo pueda realizar mi propósito por entero... Claro, que va a pasar un rato amargo... ¡Pero y lo que yo he sufrido! (Voces de Carratalá.) ¡Ya está aquí! (Carratalá entra en escena por el foro como empujado por unos brazos formidables, y la cortina del foro se cierra.) ¡Ah, miserable!... (Cogiéndole del pescuezo.)

Car. ¡Pepito de mi vida, no aprietes... que cometes un fatricidio!...

Bed. ¡Calla, miserable reptil! ..

Car. Pepe... que si... Pepe, mátame, extrangúlame, aplástame, lamíname, pero te he querido siempre, te he querido con locura.

Bed. ¡Calla, embustero, no agrandes la traición con la mentira cobarde!...

Car. No, Pepito... que aquí tengo... (Se busca rápidamente en los bolsillos.) No... la dejé en casa... pero te había escrito una carta contándotelo todo... Los sirvo a ellos por un pedazo de pan; Pepito, conoces la tragedia de este vivir mío; pero mi corazón, mis inclinaciones siempre me llevaron a ti, camarada alegre de mis juveniles años.

Bed. ¡No te pongas retórico que te diseco, Carratalá!

Car. No es retórica, Pepito, es psicología... a la fuerza expansiva de un afecto no puede oponerse...

Bed. Basta de necedades.. Necesito...

Car. Cuanto quieras...

Bed. Chist, silencio... Necesito, óyelo bien, Próspero, necesito que hagas salir de ahí a mí hijo y a don Pablo inmediatamente.

Car. ¡Pepito, considera!...

Bed. O me los haces salir de ahí dentro de dos segundos, o te levanto la tapa de los sesos.

Car. Ni una palabra más. No te molestes en esto de la tapa ni en nada, Pepito mío, que yo te los saco aunque sea por el ojo de la cerradura. Vas a verlo.

Bed. Pues a ello (Se oculta.)

Car. (Llama en el cuarto de Cri-Cri.) O salen o descerrnjo la puerta. Don Pablo... don José... (Vuelve a llamar.) Don Pablo... don José... Abran. Soy yo. Todo solucionado favorablemente.

Pablo (Dentro.) ¿Qué dice usted?

Car. Que salgan ustedes en seguida, sin temor; todo solucionado satisfactoriamente.

Pablo ¿Está usted solo?

Car. Absolutamente solo, sí, señor. Aprovechen ustedes los instantes.

Pablo (Saliendo con Pepe.) ¿De modo que ese hombre?

Pepe ¿Y qué ha hecho mi padre?

Bed. (Presentándose.) ¡Tu padre no ha hecho nada, ahora es cuando va a hacer!

Pablo ¡Dios mío!

Pepe (Aterrado y sujetando a Bedoya.) Papá, ¡por Dios!

Bed. (Fingiendo una tremenda agitación.) ¡Suéltame, que quiero matar a ese villano!

Pablo ¡Señor Bedoya!...

Bed. Me ha escarnecido, me ha suplantado...

Pablo Señor Bedoya... ¡que padece usted una lamentable obcecación!... Que yo con esa muchacha... ha sido simplemente una protección desinteresada.

Bed. ¡Quítate, que lo mato!

Pepe ¡Cálmate, papá!

Bed. ¡No debo, no puedo, no quiero calmarme, no!... ¡Miserable!... ¡Yo, encerrado, para mí las duchas... régimen vegetariano.. y tomarme el pulso por la mañana y tomarme la temperatura por la tarde y tomarme el pelo por la noche, haciéndome acostar a las diez, y ustedes, los varones íntegros, los moralistas severos, aquí... con la misión redentora de salvarme y con dos señoritas de propina, ¿eh?

Pepe Papá, poco a poco. Tú tienes la culpa que yo haya...

Pablo ¿Quién si no usted ha sido?..

Bed. Fuera, fuera de aquí para siempre los dos, ¡fuera!

Pablo ¡Vamos, vamos, que está loco! Necesita un año de casa de salud...

Bed. ¡Fuera, fuera he dicho!

Pepe ¡Papá, por Dios!

Bed. ¡A la calle! Y como os vuelva a ver por aquí la tragedia será espantosa.

Pepe ¡Qué exaltación!

Pablo ¡Vámonos, ya se calmará; Pepe, no me dejes, que me atropella!... ¡Vamos!

Bed. A mi hijo le debes la vida. (Vanse los dos foro.)

Paq. (Saliendo seguida de Adelfa.) ¿Pero qué es eso? ¡Cobardes! Se van ..

Bed. ¡Y se van para no volver!

Adelfa ¡Pepito, cálmate, vida!

Bed. ¡Aparta, cocodrilo!

Adelfa ¡Jesús!

Paq. ¿Tú aquí otra vez?

Bed. Yo aquí otra vez... yo aquí siempre.

Paq. Tú aquí, como un castigo mío, con tus locuras, con tus exaltaciones, con tus desastres. ¿Pero qué te has propuesto al fingir esta dsmencia, que yo sé que es una farsa indigna? ¿Volver a mi afecto? ¿Explotar de nuevo mi candidez? Pues te engañas. ¡Ya no soy tonta!

Bed. Estás equivocada, no me he propuesto ninguna de esas ruindades que supones. He vuelto aquí, donde vuelvo asqueado... a representar esta ridícula pantomima de mi locura para salvar a mi hijo.. a mi hijo... que no salía de este sitio y que iba a perder entre vosotros su honor y su porvenir.

Paq. Bueno está que te lleves a tu hijo si te acomoda; pero a don Pablo, ¿por qué?

Bed. Porque no quiero que deje entre vosotros su prestigio y su dinero.

Paq. Muchas gracias. Y yo vuelta otra vez a luchar por una fortuna que no llega nunca, por un bienestar que constantemente se me va de entre las manos; ¡eres mi castigo!

Bed. Tu castigo, sí; pero consuélate; peor es el mío, que al fin de mi vida si pretendo alguna felicidad, he de venir a buscarla en vuestros falsos amores y en vuestras falsas amistades.

Adelfa ¡Eres apocalíptico, Pepito!

Bed. ¡Calla, bruja!

Adelfa ¡Oh!

Paq. Yo no te entiendo, no quiero entenderte, no sé qué dices.

Bed. No importa. Esta extraña moral, que será ejemplo de quien debe serlo, es de una sutilidad que no puede llegar al cerebro de la huérfana desvalida de un bizarro jefe, etcétera, etc.

Paq. Calla, no quiero oirte.

Bed. Pero os bastará que os diga que mi castigo es quedarme aquí entre vosotros. Contigo, que eres la liviandad hecha carne; con Carratalá, que es la deslealtad hecha huesos.

Car. ¡Pepito!

Bed. Y con Adelfa, que es la ridiculez hecha esperpento.

Adelfa ¡Ay, pero qué reloco!

Bed. Vosotros sois el premio que ofrece la vida a cuantos como yo buscaron la felícidad en la crápula constante, en la eterna disipación, en la liviandad, en el escándalo.

Car. ¡Ah, sí, Pepito, sí! ¡Me has redimido con tu elocuencia! ¡No me niegues un abrazo!

Bed. (Dándole los brazos.) No temas, ¡es mi sino! Vivir abrazado a ti, ¡ilustre sinvergüenza!

Car. Siempre bromista, siempre jovial... genio y figura... (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas